

## CAPÍTULO SEGUNDO: MUNDO REO. REO WORLD.

Jesús Ignacio Panedas Galindo Licenciado en Ciencias Religiosas, Licenciado en Filosofía, Maestría en Filosofía. Actualmente es director del bachillerato de la Universidad La Salle Pachuca, [jpanedas@lasallep.edu.mx](mailto:jpanedas@lasallep.edu.mx)

### **Resumen**

Cuando se empezaron a conocer los testimonios de los supervivientes de los campos de exterminio nazis, la humanidad se consternó. El sufrimiento provocado y la aplicación sistemática y consciente de la técnica a la destrucción de la persona, fueron descubrimientos que pusieron en alerta al hombre sobre la naturaleza del hombre mismo.

Tanto fue el horror que se alcanzó a entrever a través de las narraciones que el tiempo se congeló. El reclamo silencioso de las auténticas víctimas, quienes murieron, se suspendió en el aire de la memoria hasta que los responsables reconocieran sus culpas. El olvido no podía abrazar tan profundos crímenes.

Por este motivo no puede realizarse el fin de la historia. Los sufrimientos del hombre provocados hasta este grado por el mismo hombre fuerzan un pendiente que ya no puede borrarse. El grito de dolor recuerda a las generaciones futuras la necesidad de una reparación, del perdón, del reconocimiento.

**Palabras Clave:** Testimonio, memoria, campos de exterminio, fenomenología, hermenéutica, sufrimiento, herencia.

### **Abstract**

When testimony from the survivors from Nazi extermination fields were first known, the human race filled with dismay. The suffering provoked and the systematic conscious application of the technique of destruction of the individual, were discoveries that alerted the individual on the nature of the individual itself.

Such a horror was seen through the narrations that time froze.

The silent demand from the authentic victims, who died, was suspended on the air of memory until the responsible recognized their guilt. Obscurity could not hold such deep crimes.

For this reason the end of history cannot be made. The suffering of the individual provoked up to this point by the individual itself, force an unresolved point that cannot be erased.

The scream of pain reminds the future generations the need to repair, forgive and recognize it.

**Key words:** *Testimony, memory, extermination fields, phenomenology, hermeneutics, suffering, inheritance.*

## Introducción

El dolor y el mal siempre han sido objetos tradicionales del temario filosófico. Los más grandes pensadores de nuestra historia han tenido una palabra al respecto. Sin embargo, cuando el mal se encarna y produce (re- produce) el dolor sistemático del ser humano las palabras del discurso enmudecen y dejan paso al silencio sobrecogido del horror que perfora el tuétano de la condición personal. De eso se trata la realidad oscura que intentan narrar los sobrevivientes de los campos de concentración nazis. Normalmente al objeto de nuestro estudio se le ha denominado “Universo concentracionario”. A esta expresión la hemos sustituido por la de “Mundo reo”. Explicamos los motivos por los que hemos procedido así. En la filosofía moderna el concepto de “Mundo” ha ido adquiriendo múltiples y profundos significados. En él se centran, de alguna manera, todas las relaciones de las y con las que vive el hombre. Existe una simbiosis íntima entre el hombre que vive el mundo y el mundo en el que está inmerso el ser humano. No existe posibilidad de explicación completa si separamos alguno de estos dos polos de su referente.

“El mundo es el plexo de las relaciones del „para“, „con“, „a“, „por mor“ del conformarse con útiles al curarse de usarlos. Útiles como tales sólo *pueden darse a condición* de que se den tales relaciones o el mundo” (GAOS, 1996:92) <sup>1</sup>.

Con el uso de esta palabra, queremos indicar, pues, que la vida de los reos en un campo de concentración o de exterminio conforma en sí misma un mundo autónomo, independiente y original. Es una manera de vivir típica y, en este caso, prototípica o pre-típica. Creemos que esta palabra concentra y explicita esta particularidad. La palabra universo, nos parece, tiene connotaciones mucho más amplias y menos precisas, filosóficamente hablando.

Por otro lado, la palabra “concentracionario” refleja solamente parte de la realidad que muchos miles de personas vivieron. Los campos de concentración nazis son anteriores a la Segunda Guerra Mundial. En ellos,

<sup>1</sup> Sería interesante consultar en esta misma obra la página 146 en donde se apuntan todas las combinaciones con la palabra alemana *Welt* que se utilizan en el vocabulario heideggeriano. Posiblemente, y anterior a la obra de Heidegger, habría que considerar en este mismo sentido la expresión tan conocida de José Ortega y Gasset: “Yo soy yo y mis circunstancias”. Otro ejemplo paradigmático en nuestra cultura es el volumen de GAOS, 1983.

durante mucho tiempo, su manera de vivir tenía mucho de campo de prisioneros comunes. Había cierto respeto y calidad humana. Conforme la idea general de “Solución final” se va imponiendo y operativizando, van a surgir los campos de exterminio. A éstos, propiamente, es a los que se refieren los testimonios que hemos traído a colación en este estudio. Fueron lugares perfectamente pensados para producir muerte

en todos los sentidos posibles de la palabra.

Respecto a la palabra “reo” hemos querido hacer con ella un juego semántico, al estilo deconstructivista. Por un lado tiene el sentido normal con el que se denomina a alguien que ha sido condenado a un castigo. Los habitantes de los campos de exterminio estaban condenados, sin culpa alguna, a enfrentarse diariamente a su propia muerte o a la de los demás. Empero, además, la palabra “reo” es derivable fonéticamente de la palabra latina “*res, ei*”, cosa. Así, pues, el reo era una persona a la que se le convirtió en cosa, viviendo en medio de un mundo cosificado y que se relacionaba con su entorno de esta manera.

Tanto la muerte física como la interior, venían precedidas inevitablemente, por la cosificación de los presos. Eran parte de una lista, que podían fallecer o no, pero que mientras llegaba ese posible desenlace, experimentaban la manera de vivirse como cosas.

En ninguno de los dos casos el hombre pasaba de ser un número prescindible en ese mundo inhumano y reificante.

Por otra parte, por qué no decirlo, la expresión “Mundo reo” es similar a la que utiliza otra víctima que relata su experiencia cruel en otro tipo de campos de deshumanización. El “*Archipiélago Gulag*” de Alexander Solzhenitsin es la descripción de un modelo victimario próximo al narrado por los sobrevivientes de los campos de exterminio. “Mundo reo” y “*Archipiélago Gulag*” son dos maneras similares, no tan lejanas en el tiempo, de expresar una realidad sumamente cercana.

“La segunda, que desde ese punto de vista los supuestos ideológicos y los procedimientos cambian, pero nos encontramos en el marco de la misma proyección criminal del totalitarismo que corresponde al régimen nazi... Y como en el caso nazi, será un orden represivo que va cobrando forma escalonadamente, utilizando los antecedentes del zarismo, caso de la zona minera de Kolyma, hasta alcanzar su pleno desarrollo en los años treinta” (ELORZA, 2005:3; SOLZHENITSIN, 2005:793; GINZBURG 2005:864; APPLEBAUM, 2005:671; CALVO, 2005:2-3; KIZNY, 2005:495).

Todas estas implicaciones irían de la mano con la expresión “Mundo reo”. Pensamos que no sucede lo mismo con la más amplia e indefinida “Universo concentracionario”. Es por estos motivos que dejamos de lado el término tradicional y preanunciamos el contenido de los testimonios variados desde el título mismo.

En lo tocante a la metodología debemos explicar el motivo de la doble división que permanece clara en el trabajo. La primera de ellas tiene que ser la fenomenología. Ésta está determinada por la importancia del testimonio en sí mismo. No podemos saber de qué hablamos si no nos remitimos a la diversidad de “testamentos” que muchos sobrevivientes nos han dejado. Nadie, más que ellos han estado allá. Otros, que sí estuvieron, nunca podrán decir nada. Abundamos en las limitaciones y en las justificaciones que este tipo de literatura posee.

Es por este motivo que el artículo entero está salpicado de constantes citas textuales. Hay que dejar hablar respetuosamente, a los que nos comparten su experiencia en esos lugares.

Es el primer momento: **escuchar**.

La segunda parte es la hermenéutica. Procura interpretar con profundidad todo lo que los testimonios nos dejan. No tiene nunca la intención de ser una explicación definitiva y unitaria. Esto mismo sería la primera señal de la manipulación de los testimonios. Hay que ser conscientes de que la realidad del Mundo reo fue compleja, que cada quién la vivió desde su propia intimidad y que las palabras no siempre son del todo fieles. Todo esto para defender la posición de que lo que decimos es una manera más de decir; no es la única, no es la definitiva es una más.

En lo que sí hay que tener cuidado, además de en no unificar, es en no falsear lo que nos dejaron. La adulteración de los textos implica necesariamente la muerte no ya sólo de las personas, sino también de los recuerdos y de la vitalidad en ellos vertida.

Así es el segundo momento: **interpretar**.

Y todo con una única, esta vez sí, finalidad. La escucha del testimonio más la interpretación respetuosa del mismo son necesarias para evitar el peligro de repetir semejante horror. La memoria debe prevalecer por encima del olvido y de la manipulación, para estar siempre alerta ante el enemigo silencioso que nos sigue acechando.

El hombre de la mitad del siglo XX no es distinto al actual; los peligros de entonces pueden ser, por tanto, los mismos que ahora. El odio, el dolor, la deshumanización, la muerte se acercan sin meter ruido. Por eso hay que tener cuidado. Ésa es la preocupación de quienes escribieron lo que vivieron. No nos confiemos. El hecho es que ya pasó y volvemos a caer en el mismo terror<sup>2</sup>.

El desciframiento, lo más fielmente posible, de la hipo-realidad del Mundo reo nos ayuda a la toma de conciencia, a la posibilidad de ofrecer justicia a los sobrevivientes que aún están con nosotros, al replanteamiento de la noción de hombre y de la solidez de la ley.

“Lo fascinante de Auschwitz es que no hay una experiencia que lo defina del todo” (REES, 2005:37; también LEVI, 2001:140.156).

Lo que vamos a intentar en este trabajo es ofrecer un ramillete de testimonios<sup>3</sup> que nos presente esquemáticamente la simplicidad desgarradora de las experiencias reales que vivieron quienes tuvieron que sufrir los campos de concentración durante la Segunda Guerra Mundial.

No se puede, ni se debe, uniformar las experiencias concentracionarias en una sola perspectiva. Desde el punto de vista existencial-real y desde el filosófico es imposible. Lo que cada preso experimentó es algo sumamente íntimo; lo que vivieron los que dejaron su cuerpo desgarrado en las cámaras de gas nunca lo sabremos; la interpretación exacta y universal de algo tan complejo siempre corre el peligro de ser una adulteración al tiempo que un empobrecimiento del hecho vital.

Es por este motivo que exponemos, en una primera parte, algunas de las constantes narrativas que los testimonios nos han dejado. Que no son todas y que algún otro testigos puede verlo de otra manera será cierto con seguridad, pero lo que sí podremos decir es

que nos ofrece una aproximación a ese mundo tan extraño. En la segunda parte, intentaremos hilvanar los hechos testimoniados. La hermenéutica de la realidad siempre es más diversa y controvertida.

<sup>2</sup> Mucho antes del holocausto del que los judíos fueron los más afectados, la humanidad sabía de las matanzas que los turcos inflingieron al pueblo armenio. Hasta la fecha no se ha reconocido internacionalmente; cf. LÓPEZ ALONSO, 2005:20. Y después el Holocausto, y después, los enfrentamientos en África, la ex-Yugoslavia... La historia se repite, de ahí la importancia de estar atentos a lo que nos narran, para no tropezar más veces en la misma piedra.

<sup>3</sup> Los testimonios de que disponemos son escritos por personas que tuvieron esta experiencia y que pueden describirla. En su relato va su vida y también las de los que vieron morir. No pueden hablar de la experiencia total, porque no murieron en los campos, por lo que en ocasiones ellos limitan la importancia de su propia experiencia. Ellos son testigos, quienes murieron son mártires en el sentido etimológico de la palabra, véase PANEDAS, 2002:449, nota 44.

## **I. FENOMENOLOGÍA DEL MUNDO REO**

### **I.1. LLEGADA**

Por distintos motivos y desde diversos lugares, de repente las personas comenzaban a formar parte de una masa impersonal. Todos los acentos, todas las edades, todas las condiciones, todas los niveles culturales estaban apretujados esperando. Desaparecían los días, llegaban las noches, día tras día esa masa impersonal se intentaba acomodar al nuevo lugar y a las nuevas condiciones. Les habían sacado de sus hogares, habían abandonado lo que tanto querían y se veían obligados a compartir su vida con malos tratos y cadáveres.

Y la sucesión de días y noches se convierte en traicionera cuando el amanecer cotidiano es la presentación de la mañana fatídica. La masa que se comenzaba a acomodar es movilizad nuevamente, es empujada hacia unos trenes que no se sabía de dónde venían ni a dónde iban. La incertidumbre en sí misma, produce inseguridad y miedo. Esa masa caminaba en silencio, como autómatas siguiéndose unos a otros sin saber quién define el objetivo, hacia un destino incierto que no podía caber dentro de las expectativas posibles. En los andenes se oían gritos, a veces ininteligibles, y se sufrían los primeros golpes y empujones. Las familias se apretujaban para no separarse e ir juntas al mismo lugar, el que fuera. Es la protección del grupo frente a un peligro ignoto, pero sentido.

Se abrían las puertas de los vagones para transporte de ganado y a la fuerza se obligaba a compactar cantidades de personas que eran imposibles de entrar. No tenían idea de lo que iban a necesitar para sobrevivir al viaje. Comienza el traslado sin fin conocido. Sed, calor, frío, necesidades biológicas, incomodidad, enfermedad, muerte... son algunas de las experiencias que, autónomamente en cada vagón, se iban sufriendo. Después de días de ver morir y enfermarse a los compañeros de viaje, el tren llegaba a una vía solitaria, sin retorno. El gusano de muerte perdía su impulso y anunciaba la presencia del fin.

“Aquí estaba, ante nuestro ojos, bajo nuestros pies, uno de los famosos trenes de guerra alemanes, los que no vuelven, aquellos de los cuales, temblando y siempre un poco incrédulos, habíamos oído hablar con tanta frecuencia. Exactamente así, punto por punto: vagones de mercancías, cerrados desde el exterior, y dentro hombres, mujeres, niños, comprimidos sin piedad, como mercancías en docenas, en un viaje hacia la nada, en un

viaje hacia allá abajo, hacia el fondo. Esta vez, dentro íbamos nosotros” (LEVI 2003:22).

A pesar de todos estos sufrimientos todavía cabía en los pechos de esos agonizantes transportados la preocupación por los demás, por los que los iban a seguir en el último de sus viajes. En los mismos vagones escribían advertencias diversas para que traslado no fuera tan penoso. Los que seguramente ya estaban muertos trascendían con sus mensajes a los que en un futuro posible mente lo estuvieran.

“Al cabo de algunas semanas, un ayudante de la enfermería de Westerbork, observador perspicaz, se dio cuenta de que los vagones mercancías de los convoyes eran siempre los mismos: hacían un trayecto pendular entre el Lager de partida y el de destino.

Y así fue cómo algunos de los que fueron deportados después pudieron mandar mensajes escondidos en los vagones que o volvían vacíos, y desde entonces se pudo preparar al menos una provisión de víveres y de agua, y un cubo para los excrementos” (LEVI 2001:103-104).

Cuando los trenes corrían sus puertas se violaba el silencio y la inseguridad con gritos (FRANKL, 1998:26-27.46.80)<sup>4</sup>, empujones, golpes y la primera de la selecciones. Unos iban directos a los hornos crematorios y los que permanecían en vida encaminaban sus pasos hacia el infierno de la degradación. Unos a la izquierda otros a la derecha, como juicio apocalíptico, para llegar a dos formas distintas de muerte. Acudamos por extenso, al testimonio más benigno que se pueda encontrar respecto a esta escena (GOLDENSOHN, 2005:373-376)<sup>5</sup>:

“Ocurría así: los trenes no llegaban a diario, aunque a veces llegaban dos o tres trenes al día. Cada tren traía unas dos mil personas, pero había periodos de entre tres y seis semanas en los que no llegaban transportes... Una vía muerta llegaba hasta Birkenau y allí se vaciaban los trenes y se hacía la selección. Se separaba a los que podían trabajar de los que no podían... Bueno, teníamos dos médicos de la SS que se sentaban en una mesa y cuando la gente bajaba de los trenes iban pasando por esos médicos. Esas

<sup>4</sup> El grito se convertirá más tarde en el indicador de que las relaciones dentro del campo prescinden de las palabras y de todo su contenido.

<sup>5</sup> Lo califico como el más benigno porque Höss se limita a narrar fríamente el procedimiento. Los testimonios de otros testigos añaden matices diversos que aportan una dosis de mayor deshumanización. Y Rudolf Höss sabía de qué hablaba, ya que era el comandante en jefe desde 1940 hasta 1943 del campo de exterminio ubicado en Auschwitz. Véase SEMPRÚN, 2002:97-101.

personas iban completamente vestidas; simplemente pasaban por delante y los médicos juzgaban en función de su aspecto, edad y fortaleza física... Los que no valían se iban hacia las granjas, que estaban a una distancia de alrededor de un kilómetro de la vía muerta. Una vez allí se les hacía desnudarse. Al principio se les hacía desnudarse al aire libre, habíamos colocado unas vallas hechas de paja y de ramas de árboles para evitar que los mirones pudieran verlos. Poco después construimos unos cobertizos. Pusimos carteles grandes en los que se leía: „A la desinfección” o „Baños”.

Eso era para que la gente creyera que sólo iban a darse un baño o a ser

desinfectados, y así no tener dificultades técnicas en el proceso de exterminio.

Los internos que usábamos como intérpretes y como ayudantes en general les decían que tenía que tener cuidado con su ropa, que la dejaran en el suelo bien doblada para poder encontrarla cuando salieran del baño o de la desinfección. Esos internos ayudaban a que la gente se calmase contestando a sus preguntas de una manera tranquilizadora y diciéndoles que en esas casas sólo se iban a bañar.

Entonces se llevaba a la gente a las cámaras, y los internos que les acompañaban entraban con ellos en las cámaras de exterminio para que estuviesen tranquilos al ver que los ayudantes entraban con ellos. Se hacía de tal modo que todas las cámaras se llenaban de gente a la vez. En el último momento, cuando las cámaras estaban llenas, los internos que trabajaban para nosotros se escabullían, se cerraban las puertas herméticamente y se lanzaba el gas Zyklon-B a través de unas pequeñas aberturas...

A la media hora, se abrían las puertas de las granjas. Había dos puertas, una en cada punta, y se aireaba la habitación. Los trabajadores llevaban caretas antigás y arrastraban los cadáveres fuera de las habitaciones y, al principio, los colocaban en fosas comunes.

Pensé que los crematorios podrían construirse muy rápidamente y lo que quería era quemar los cuerpos en fosas comunes en el crematorio, pero cuando vi que el crematorio no se podía construir con la rapidez suficiente como para ocuparse del número de personas para exterminar, que no cesaba de aumentar, empezamos a quemar los cuerpos en fosas comunes al aire libre como en Treblinka. Alternábamos capas de madera con capas de cadáveres. Para prender la pira usábamos un fardo de paja empapado en gasolina. Generalmente empezábamos a quemar la pira cuando tenía cinco capas de madera y cinco de cadáveres. Cuando el fuego estaba en su apogeo, se podían lanzar sin más a la pira los cadáveres frescos que llegaban de las cámaras de gas y se quemaban por sí solos.

En 1942 se terminaron unos crematorios más apropiados, y el proceso en conjunto se pudo empezar a hacer en las nuevas edificaciones. Se construyeron nuevas vías de tren que llegaban hasta los crematorios. Se seleccionaba a la gente como antes, con la excepción de que los que no valían para trabajar iban al crematorio en lugar de marchar hasta las granjas. Era un edificio grande y moderno; había habitaciones para que se desnudasen y las cámaras de gas estaban en el sótano y el crematorio estaba más arriba, pero todo en el mismo edificio. Había cuatro cámaras de gas en los sótanos; dos muy grandes en las que cabían dos mil personas y dos más pequeñas que podían acoger a mil seiscientas personas. Las cámaras de gas se construyeron como una instalación de duchas, con las propias duchas, las tuberías de agua, algunos detalles de fontanería y un moderno sistema de ventilación eléctrica, de modo que después del gaseado la habitación podía ser ventilada mediante los aparatos de ventilación. Los cadáveres eran transportados al crematorio, que estaba encima, mediante montacargas. Había cinco hornos dobles.

En veinticuatro horas se podía incinerar a dos mil personas en los cinco hornos. Normalmente, conseguíamos incinerar sólo a mil ochocientos cuerpos o mil setecientos. O sea, que siempre íbamos con retraso en la cremación porque como puede ver era mucho más fácil exterminar mediante gas que incinerar, que llevaba mucho más tiempo y más trabajo. En la época culminante del proceso, llegaban diariamente dos o tres trenes, cada uno de ellos con alrededor de dos mil personas. Ésos fueron los tiempos más duros porque había que exterminarlos inmediatamente y las instalaciones para la incineración, incluso con los nuevos crematorios, no podían mantener el ritmo del exterminio”<sup>6</sup>.

Quienes no morían en el gas, porque eran aptos para el trabajo, sufrían otro procedimiento meticulosamente practicado y estipulado. Caminaban desde el tren hacia el campo. Sentían la primera brisa frígida en sus rostros. Intentaban comunicarse con los que veían que ya llevaban algún tiempo en ese lugar. Pero las noticias no eran buenas, las informaciones iban en la línea de no poder salir vivo de allá. Iban asustados en filas, sintiendo las primeras sensaciones todavía desconocidas.

<sup>6</sup> En la misma fuente bibliográfica puede encontrarse el testimonio de cómo se aprovechaban la grasa, los cabellos y los dientes de oro de los cuerpos muertos, GOLDENSOHN, 2005: 369.377).

“La carretera estaba bien reparada. Era a principios de mayo, y una brisa fresca nos traía un olor peculiar y dulzón, muy parecido a la carne que se quema, aunque no lo identificamos como tal. Aquel olor nos recibió a nuestra llegada y permaneció para siempre entre nosotros...”

De pronto, apareció en medio de aquel rebaño humano una mujer corpulenta y bien vestida. Con un garrote macizo, soltaba golpes a diestra y siniestra sobre las que se interponían en su camino” (LENGYEL, 2001:60).

El siguiente paso era abandonar todas las pertenencias<sup>7</sup>, incluso la ropa, y apelotonarse desnudos esperando el corte de pelo y la desinfección. El pudor y la intimidad, junto con los demás valores humanos desaparecen. Formarse, otra inspección, llegar a los barracones, cruzarse con otros presos veteranos en el campo y más degradados y pasar lista. El eterno pase de lista que de manera irracional buscaba solamente hacer cuadrar los números, no las personas, que se prolongaban por tiempos brutales.

“Semejante al apremio de los excrementos era el apremio de la desnudez. Al *Lager* se entraba desnudo; incluso más que desnudo, privado no sólo de los vestidos y de los zapatos (que eran confiscados), sino también del cabello y de todo vello. Lo mismo se hace, o se hacía, al entrar en un cuartel, es cierto, pero aquí el afeitado era total y semanal, y la desnudez pública y colectiva era una cosa repetida, característica y llena de significado...”

Pues bien, un hombre desnudo y descalzo se siente con los nervios y los tendones cortados: es una persona inerte. Las ropas, aunque aquellas inmundas que nos



repartían, hasta los zapatones de suela de madera, son una defensa débil pero indispensable. Quien no la tiene se deja de percibir a sí mismo como un ser humano y se siente como una lombriz desnudo, pesado, innoble, inclinado hacia el suelo. Sabe que podrá ser aplastado en cualquier momento” (LEVI, 2001:106-107).

## I.2. RESIDENCIA

Tras este recibimiento atemorizante por fin se llegaba a los barracones se esperaba descansar, pero ni eso era posible. Sin más protectores que unas delgadas ropas, apenas alcanzaban a cubrirse con otra fina cobija compartida. No hay baños, no hay lavabos, no hay permiso para salir durante la noche. El

<sup>7</sup> Este abandono conlleva el olvido de la propia historia, de los recuerdos que conformaban también la propia identidad, véase LEVI, 2003:154; también AMAT-PINIELLA, 2002:176.

barracón se convierte en la extensión de los apretujones del tren. Pero el tiempo del viaje es más largo y mortificante. La única idea obsesiva que permanece es poder llegar al sueño y poderse evadir durante un poco de tiempo de esa pesadilla que les había envuelto. Y peor aún, era oír el despiadado toque de diana del día siguiente.

“Comprendí en seguida de una forma vívida, que ningún sueño, por horrible que fuera, podía ser tan malo como la realidad del campo que nos rodeaba y a la que estaba a punto de devolverle... El momento más terrible de las 24 horas de la vida en un campo de concentración era el despertar, cuando, todavía de noches, los tres agudos pitidos de un silbato nos arrancaban sin piedad de nuestro dormir exhausto y de las añoranzas de nuestros sueños” (FRANKL, 1998:52.56).

Todavía no amanece y ya hay que correr alocadamente a la formación para recordar que cada quien es ya un número. En las filas se podía ver los distintos grados de sobajamiento al que se podía llegar. En los otros podía verse uno mismo como en un espejo de futuro.

“Aquel muerto-vivo era un hermano, mi doble tal vez, mi *Doppelgänger*: otro yo o yo mismo siendo otro. Era precisamente la alteridad descubierta, la identidad existencial captada como posibilidad de ser otro, lo que nos hacía tan prójimos” (SEMPRÚN, 2001:51).

Y el peor espejo al que se podía tener acceso era al rostro hundido de los que todos conocían como los “musulmanes”. Ellos eran lo que habían perdido todo ánimo vital para mantenerse en pie y hacer lo que pudiera conservarles el último hilo de esperanza.

“¿Sabéis a quién llamamos aquí un „musulmán“? al que tiene un aspecto miserable, por dentro y por fuera, enfermo y demacrado y es incapaz de realizar trabajos duros por más tiempo: ése es un „musulmán“. Más pronto o más tarde, por regla general más pronto, el „musulmán“ acaba en la cámara de gas. Así que recordad: debéis afeitáros, andar derechos, caminar con gracia, y no tendréis por qué temer al gas” (FRANKL, 1998:40; SEMPRÚN, 2001:41-42; LENGYEL, 2001:88; LEVI, 2003:151).

Según iba amaneciendo se conocía la rutina que día tras día, como si no hubiera más que un único día permanente, se repetiría. Formarse, beber una pócima que parecía desayuno (LENGYEL, 2001:71-73), lavarse. Todo esto como preparación para el momento más crudo del acontecer diario: el trabajo.

El frío del amanecer, salir medio vestidos, oír la música esperpéntica con la que debían desfilarse, la inutilidad esencial del mismo esfuerzo, la progresiva degeneración de las fuerzas, el debilitamiento de la moral, la formación rutinaria en filas ordenadas y la vuelta nuevamente al campo de concentración. Una día más, una tarde más una oportunidad más de sobrevivir.

“El trabajo no retribuido, es decir, esclavizador, era una de las tres finalidades del sistema concentracionario...”

En los primeros Lager, casi contemporáneos a la conquista del poder por Hitler, el trabajo era puramente persecutorio, prácticamente inútil a efectos productivos: mandar gente desnutrida a palear estiércol o a romper piedras sólo tenía una finalidad terrorista. Por lo demás, según la retórica nazi y fascista, heredera en esto de la retórica burguesa, „el trabajo ennoblece”, y por consiguiente los innobles adversarios del régimen no son dignos de trabajar en el sentido usual del término. Su trabajo debe ser doloroso: no debe dejar sitio a la profesionalidad, debe ser el de las bestias de carga, tirar, empujar, llevar pesos, doblar el espinazo sobre la tierra. También violencia inútil; útil sólo para romper la resistencia actual y castigar la pasada. Las mujeres de *Ravensbrück* hablan de jornadas interminables transcurridas durante la época de la cuarentena... paleando la arena de las dinas; en corro, bajo el sol de julio, cada deportada tenía que desplazar la arena de su montón al de la vecina de su derecha, en una rueda sin objetivo y sin fin, ya que la arena volvía al lugar de donde había venido” (LEVI, 2001:113-114).

Después del primer día de trabajo, de la siguiente noche apretujados, de los primeros signos del hambre esencial y duradero ya pocos se atrevían a levantar la mirada (AMAT-PINIELLA, 2002:34; ANDERS, 2001:16).

“Después de la jornada de trabajo, la lista de la tarde y el regreso a los barracones, el *Stubendienst* reparte la ración de sopa: un caldo muy aguado en el que flotan restos de verduras –sobre todo col y rutabaya- y unas escasas hebras de carne. La única sopa relativamente espesa de la semana es la de los fideos del domingo. Un plato succulento, como para que a uno se le salten las lágrimas...”

Cada cual se distribuye a su manera la ración cotidiana. Hay quien la devora inmediatamente. A veces incluso de pie, si no hay lugar para sentarse a las pesas de los comedores. No tendrán nada más que comer hasta la sopa de la noche. Doce horas de trabajos forzados, más una media de dos horas entre las listas y los desplazamientos. Catorce horas que hay que soportar con el estómago vacío.

Otros, en los que yo trato de incluirme, guardan para la pausa del mediodía una parte de la ración cotidiana. No es fácil. Hay días, muchos, en que no lo consigo. Hay que dominarse, imponérselo, para no devorarlo todo en el acto. Porque se vive en una angustia nauseosa de hambre permanente. Hay que olvidar por un momento el hambre

de aquel mismo momento, obsesionarse, para imaginar concretamente la que se tendrá a las doce del mediodía, si no se ha guardado nada para entonces. Hay que tratar de vencer, de dominar el hambre real, inmediata, con la idea del hambre que se va a tener, imaginada, pero acuciante” (SEMPRÚN, 2001:29-30)<sup>8</sup>.

No quedaban muchos rastros de autoestima y dignidad. La ausencia de pasado, presente y futuro convierte a esos seres en hombres entregados:

“Luchaba con dilemas filosóficos en mi celda de aislamiento: no creo mucho en los poderes metafísicos, pero de repente vi tambalearse las categorías éticas. Tuve que tomar conciencia del simple hecho de que el ser humano es, tanto física como moralmente, un ser totalmente entregado” (KERTÉSZ, 2004:67).

Los sentimientos, los recuerdos, los pensamientos, y hasta la corporalidad más básica y fundamental quedaban aniquilados, anihilados:

“Había estado andando durante horas en el maravilloso aire matutino, aspirándolo profundamente, como una medicina, hasta el fondo de mis débiles pulmones. No me sentía muy firme sobre las piernas, pero sentía la necesidad imperiosa de volver a tomar posesión de mi cuerpo, de restablecer el contacto, roto desde hacía ya casi dos años, con los árboles y con la hierba, con la tierra pesada y oscura en la que se sentían temblar las semillas, con el océano de aire que conducía el polen de los abetos, oleada tras oleada, desde los Cárpatos hasta los negros caminos de la ciudad minera” (LEVI, 2002:169; LEVI, 2003:58).

<sup>8</sup> El extremo del hambre será la práctica del canibalismo, véase AMAT-PINIELLA, 2002:287; FRANKL, 1998:87.

“Cuando desaparecieron por completo las últimas capas de grasa subcutánea y parecíamos esqueletos disfrazados con pellejos y andrajos, comenzamos a observar cómo nuestros cuerpos se devoraban a sí mismo. El organismo digería sus propias proteínas y los músculos desaparecían; al cuerpo no le quedaba ningún poder de resistencia... veíamos nuestros propios cuerpos desnudos, llegada la noche, pensábamos algo así: Este cuerpo, mi cuerpo, es ya un cadáver, ¿qué ha sido de mí? No soy más que una pequeña parte de una gran masa de carne humana... de una masa encerrada tras la alambrada de espinas, agolpada en unos cuantos barracones de tierra. Una masa de la cual día tras día va descomponiéndose un porcentaje porque ya no tiene vida” (FRANKL, 1998:54).

Sólo queda dolor y una masa informe sin rostro que deambulan como autómatas durante todo el día:

“Sucumbir es lo más sencillo: basta cumplir órdenes que se reciben, no comer más que la ración, atenerse a la disciplina del trabajo y del campo. La experiencia ha demostrado que, de este modo, sólo excepcionalmente se puede durar más de tres meses. Todos los „musulmanes“ que van al gas tienen la misma historia o, mejor dicho, no tienen historia; han seguido por la pendiente hasta el fondo, naturalmente, como los arroyos que van a

dar a la mar. Una vez en el campo, debido a su esencial incapacidad, o por desgracia, o por culpa de cualquier incidente trivial, se han visto arrollados antes de haber podido adaptarse; han sido vencidos antes de empezar, no se ponen a prender alemán y a discernir nada en el infernal enredo de leyes y de prohibiciones, sino cuando su cuerpo es una ruina, y nada podría salvarlos de la selección o de la muerte por agotamiento. Su vida es breve pero su número es desmesurado; son ellos, los *Muselmänner*, los hundidos, los cimientos del campo, ellos, la masa anónima, continuamente renovada y siempre idéntica, de no hombres que marchan y trabajan en silencio, apagada en ellos la llama divina, demasiado vacíos ya para sufrir verdaderamente. Se duda en llamarlos vivos: se duda en llamar muerte a su muerte, ante la que no temen porque están demasiado cansados para comprenderla.

Son los que pueblan mi memoria con su presencia sin rostro, y si pudiese encerrar a todo el mal de nuestro tiempo en una imagen, escogería esta imagen, que me resulta familiar: un hombre demacrado, con la cabeza inclinada y las espaldas encorvadas, en cuya cara y en cuyos ojos no se puede leer ni una huella de pensamiento” (LEVI, 2003:154-155)<sup>9</sup>.

### **I.3. MUERTE O SALIDA**

Muy pocos tuvieron la oportunidad, la suerte o la fortaleza como para salir adelante. Mantener la vida en medio de esta situación dependía de una mezcla confusa de azar y de voluntad interior por no dejarse destruir. Que se estuviera a la derecha o a la izquierda, que se subiera o no a un transporte en el que decían que se trasladaban presos a otro campo, que se fijaran en uno o no, que se tuviera una preparación o no, que..., son todas circunstancias intrascendentes que definían o finiquitaban la vida.

“¿Por qué apunto todo esto? No lo sé, puesto que no tuvo ninguna consecuencia. En el mundo que me fue dado, las consecuencias no siempre procedían de causas, y las causas no siempre servían de puntos de partida claramente fundados. Así pues, la lógica que trataba de acceder a las causas por la vía de analizar las consecuencias era una lógica errónea en este mundo. En mi opinión, el mundo que me fue dado carecía de toda lógica” (KERTÉSZ, 2003:47).

Uno de los principales motivos de desesperación era justamente el saberse pendiente de un hilo caprichoso. No tener ninguna certeza absoluta de qué se debía hacer en momentos especiales o cómo se debía actuar. Esta tensión producía una profunda incertidumbre que provocaba dolor y en la mayoría de los casos desesperación.

“Los que hemos vuelto de allí gracias a la multitud de casualidades fortuitas o milagros –como cada cual prefiera llamarlos- lo sabemos bien: *los mejores de entre nosotros no regresaron*” (FRANKL, 1998:20).

A pasos agigantados se iba presentando la muerte callada. Y tan silenciosa que se le veía llegar en detalles sencillos y casi imperceptibles, sin brillo por acabamiento. Vacío en la mirada<sup>10</sup>, desgana en el aseo, figura encorvada, pensamiento agobiado... son motivos suficientes como para que los demás se

<sup>9</sup> De hecho, hay que tener siempre en consideración la necesidad que todos tenemos de mantener una identidad comunitaria. Sin la pertenencia a un pueblo histórico, ni a un grupo humano que lo cobije y dé forma obliga al preso a sentirse solo, sin origen ni referencia presente.

<sup>10</sup> Jorge SEMPRÚN, *La escritura o la vida*, Tusquets editores, Barcelona <sup>3</sup>2002, 15-16.29.

dieran cuenta de la proximidad de la muerte, de la selección y del destino a la cámara de gas.

“Por la mirada uno se da cuenta del cambio súbito, del abandono, cuando el sufrimiento llega a un punto del que ya no hay regreso. Por la mirada bruscamente apagada, átona, indiferente. Cuando la mirada ya no indica – aunque sea de una forma dolorosa, angustiada- una presencia. Cuando ya no es más que un signo de ausencia, de sí mismo y del mundo. Entonces, en efecto, se comprende que el hombre está abandonándose, perdiendo pie, como si ya no tuviera sentido obstinarse en vivir; entonces puede entenderse por la ausencia en qué consiste la mirada. Que tal vez se había conocido vivaz, curiosa, colérica, risueña, puede advertirse que el hombre, desconocido, anónimo o camarada, cuya historia personal se conoce, está sucumbiendo al vértigo de la nada, a la fascinación irresistible de la Gorgona” (SEMPRÚN, 2001:164.176; AMAT-PINIELLA, 2002:34; ANDERS, 2001:16).

“En este lugar, lavarse todos los días en el agua turbia del inmundo lavabo es prácticamente inútil a fines de limpieza y de salud; pero es importantísimo como síntoma de un resto de vitalidad, y necesario como instrumento de supervivencia moral” (LEVI, 2003:63.53.24.95; FRANKL, 1998:22.110).

Para cumplir ese destino había unas brigadas especiales que, como Caronte en la Laguna Estigia, acompañaban en los últimos momentos a las sombras de personas que se agolpaban frente a la inexpresiva muerte que les cubría de indiferencia. Los integrantes de esas compañías eran otros condenados a muerte cuya sentencia estaba inevitablemente por cumplirse. Lo sabían, tenían que guardar silencio de todo lo que allí veían, no compartían con el resto de prisioneros y morían con el mismo anonimato con el que habían existido. Salían, posteriormente, por el único lugar por el que se podía salir del campo: por el humo blanquecino de la chimenea.

“Un caso límite de colaboración ha sido el de los *Sonderkommādos* de Auschwitz y de los demás Lager de exterminio... Con esa denominación convenientemente vaga de Escuadra Especial nombraban las SS al grupo de prisioneros a quienes les era confiado el trabajo de los crematorios. A ellos les correspondía imponer el orden a los recién llegados (con frecuencia totalmente ignorante del destino que les esperaba) que debían ir a las cámaras de gas; sacar de las cámaras los cadáveres; quitarles de las mandíbulas los dientes de oro; cortar el pelo a las mujeres; separar y clasificar las ropas, los zapatos, el contenido de las maletas; llevar los cuerpos al crematorio y vigilar el funcionamiento de los hornos; sacar las cenizas y hacerlas desaparecer. La Escuadra Especial de Auschwitz contó, según los periodos, con una cantidad de integrantes entre setecientos y mil. Las Escuadras especiales no escapaban del destino común; por el

contrario, las SS realizaban todas las diligencias oportunas para que ninguno de los hombres que habían formado parte de ellas pudiese sobrevivir y contarlo... Las Escuadras Especiales estaban formadas, en su mayor parte, por judíos...; pero, por otro lado uno se queda atónito ante este refinamiento de perfidia y de odio: tenían que ser los judíos quienes metiesen en los hornos a los judíos, tenía que demostrarse que los judíos, esa subraza, esos seres infrahumanos, se prestaban a cualquier humillación, hasta la de destruirse a sí mismos” (LEVI, 2001:46-48).

También este postrer momento estaba regido por un ritual estricto. El sinsentido del orden dominaba las vidas de los reos desde que entraban en el tren hasta que las cenizas eran esparcidas o desaparecidas. Tanta perfección en medio del caos, tanta lógica en medio de lo irracional era un motivo más de sufrimiento por lo incomprensible de esa realidad. Y como muestra basta con un ejemplo detallado y narrado en primera persona:

“Con los primeros fulgores del alba, prendimos fuego a las dos fosas en las que habíamos amontonado casi dos mil quinientos cuerpos; dos horas después eran ya irreconocibles. Las llamas incandescentes envolvían innumerables troncos carbonizados y consumidos... Contrariamente a lo que ocurría en los crematorios, donde el calor podía mantenerse con la ayuda de ventiladores, en las fosas, en cambio, cuando el material humano comenzaba a arder, la combustión sólo podía mantenerse si el aire circulaba entre los cuerpos. Como, a la larga, los cuerpos tenían tendencia a retorcerse, al no llegar aire procedente del exterior, el equipo de los horneros del cual formaba parte debía derramar sin descanso sobre la masa aceite, metanol o grasa humana en ebullición, recogida en las cisternas del fondo de la fosa, sobre sus dos caras laterales. Con la ayuda de unas largas espátulas de hierro de extremo curvo, depositábamos en cubos la grasa hirviendo, procurando protegernos las manos con unos mitones. Tras haber vertido la grasa en la fosa, se elevaban por todos los rincones posibles, silbando y crepitando, chorros de llamas. Unas espesa volutas de humo oscurecían el cielo esparciendo un olor a aceite, a grasa, a benzol y a carne quemada. El equipo diurno, formado por unos ciento cuarenta detenidos, trabajaba en el sector de los crematorios IV y V. Aproximadamente veinticinco porteadores de cadáveres se ocupaban de evacuar los cuerpos de las tres cámaras de gas del crematorio V y de arrastrarlos hasta las fosas...

Los centinelas de las SS que permanecía en los miradores del otro lado de la red de alambradas, en el sector de las fosas..., parecían bastante trastornados por el espectáculo dantesco del que eran testigos, y a muchos les costaba soportar la visión de las horribles escenas que ocurrían ante sus ojos... algunos muertos parecían volver a la vida. Bajo el efecto del intenso calor, se retorcían dando la sensación de estar sufriendo dolores insoportables. Sus brazos y piernas se movían como en una película a cámara lenta, sus troncos se erguían de nuevo... La intensidad del fuego era tal que los cadáveres eran devorados enteramente por las llamas. Se formaban ampollas en su piel, estallando una tras otra. Casi todos los cuerpos untados de grasa estaban sembrados de cicatrices negras de quemaduras. Bajo el efecto del ardiente calor, a la mayoría de los muertos se les reventaba el abdomen. Su carne se consumía produciendo intensos silbidos y chisporroteos...

La incineración duró entre cinco y seis horas. El residuo de la combustión llenaba todavía casi un tercio de la fosa. La superficie, de un color blanco- gris fosforescente, estaba sembrada de innumerables cráneos humanos. Cuando la superficie de la masa de las cenizas se había enfriado lo suficiente, se arrojaba a la fosa unas tablas forradas de chapa. Algunos detenidos bajaban al fondo de la fosa y sacaban a golpe de pala la ceniza aún caliente al exterior. Iban equipados con guantes y gorras de protección en forma de platillo; sin embargo, a menudo les alcanzaban las partículas de ceniza ardiente que no cesaban de caer, alzadas por el viento, provocándoles graves lesiones en la cara y en los ojos. Por esta razón, también se les equipaba con unas gafas protectoras.

Tras haber vaciado las fosas de los residuos, se trasportaba a toda velocidad los restos en unas carretillas hasta el depósito de cenizas y se amasaban en montones de la altura de un hombre” (MÜLLER en DIDI- HUBERMAN, 2004:26-28)<sup>11</sup>.

Empero, no todos tuvieron este final. Un reducido número, en comparación con los que perecieron en los hornos crematorios, sobrevivieron hasta el

<sup>11</sup> Después de esto muy poco queda por decir y aclarar. La estrategia progresiva y sistemática de deshumanización llega a su culmen con esta muerte de muertos en vida y efectuada por muertos inminentes.

momento de la liberación. Las noticias de la guerra, de manera confusa y mezcladas con muchas medias verdades, iban llegando a los prisioneros. Las ilusiones, en algunos, brillaban como cálido sol de invierno.

Ante la posibilidad, casi increíble, de volver a tener un futuro surgen sentimientos contradictorios. Por un lado aparece la alegría de seguir vivo, por otro la vergüenza de haber salido de ese infierno.

“A la salida de la oscuridad se sufría por la conciencia recobrada de haber sido envilecidos. Habíamos estado viviendo durante meses y años de aquella manera animal, no por propia voluntad, ni por indolencia ni por nuestra culpa: nuestros días habían estado llenos, de la mañana a la noche, por el hambre, el cansancio, el miedo y el frío, y el espacio de reflexión, de raciocinio, de sentimientos, había sido anulado. Habíamos soportado la suciedad, la promiscuidad y la desposesión sufriendo mucho menos de lo que habríamos sufrido en una situación normal, porque nuestro parámetro moral había cambiado. Además, todos habíamos robado: en las cocinas, en el campo, en la fábrica, en resumidas cuentas „a los otros”, a la parte contraria, pero habíamos hurtado; algunos (pocos) habían llegado incluso a robarle el pan a su propio amigo. Nos habíamos olvidado no sólo de nuestro país y de nuestra cultura sino también de nuestra familia, del pasado, del futuro que habíamos esperado, porque, como los animales, estábamos reducidos al momento presente. De esa situación de abatimiento, habíamos salido sólo a raros intervalos, en los poquísimos domingos de descanso, en los minutos fugaces antes de caer dormidos, durante la furia de los bombardeos aéreos, y eran salidas dolorosas, precisamente porque nos daban ocasión de medir desde afuera nuestro envilecimiento” (LEVI, 2001:69-70)<sup>12</sup>.

Con todo, se mezcla un miedo ancestral por tener que enfrentarse a la desconocido y a que la realidad no sea la misma que cuando se comenzó este viaje.

12 "Auschwitz es el infierno donde millones de seres humanos fueron los mártires inocentes de una monstruosa empresa de inferiorización, de desvalorización, de rebajamiento sistemático del hombre ante los ojos espantados de la muerte, tan degradada ella misma, que por primera vez conoció el asco (...). Por eso las llamas que se elevaban en el humo de los hornos crematorios no eran las del infierno de San Pablo. Las llamas de Auschwitz no purificaban el alma de los deportados. Las devolvían más livianas a la nada", JABÉS, 1993:132.

"Las alondras se elevaban hasta el cielo y yo podía oír sus gozosos cantos; no había nada más que la tierra y el cielo y el júbilo de las alondras, y la libertad del espacio. Me detuve, miré en derredor, después al cielo, y finalmente caí de rodillas. En aquel momento yo sabía muy poco de mí o del mundo, sólo tenía en la cabeza una frase, siempre la misma: „Desde mi estrecha prisión llamé a mi Señor y él me contestó desde el espacio en libertad“.

No recuerdo cuánto tiempo permanecí allí, de rodillas, repitiendo una y otra vez mi jaculatoria. Pero yo sé que aquel día, en aquel momento, mi vida empezó otra vez. Fui avanzando, paso a paso, hasta volverme de nuevo un ser humano.

El camino que partía de la aguda tensión espiritual de los últimos días pasados en el campo (de la guerra de nervios a la paz mental) no estaba exento de obstáculos. Sería un error pensar que el prisionero liberado no tenía ya necesidad de ningún cuidado. Debemos considerar que un hombre que ha vivido bajo una presión mental tan tremenda y durante tanto tiempo, corre también peligro después de la liberación, sobre todo habiendo cesado la tensión tan de repente...

Durante esta fase psicológica se observaba que las personas de naturaleza más primitiva no podían escapar a las influencias de la brutalidad que les había rodeado mientras vivieron en el campo. Ahora, al verse libres, pensaban que podían hacer uso de su libertad licenciosamente y sin sujetarse a ninguna norma. Lo único que había cambiado para ellos era que en vez de ser oprimidos eran opresores. Se convirtieron en instigadores, y no objetores, de la fuerza y de la injusticia. Justificaban su conducta en sus propias y terribles experiencias y ello solía ponerse de manifiesto en situaciones aparentemente inofensivas...

Sólo muy lentamente se podía devolver a aquellos hombres a la verdad lisa y llana de que nadie tenía derecho a obrar mal, ni aun cuando a él le hubieran hecho daño. Tendríamos que luchar para hacerles volver a esa verdad, o las consecuencias serían aún peores que la pérdida de unos cuanto cientos granos de trigo.

Aparte de la deformidad moral resultante del repentino aflojamiento de la tensión espiritual, otras dos experiencias mentales amenazaba con dañar el carácter del prisionero liberado: la amargura (KERTÉSZ, 2004:46) y la desilusión que sentía al volver a su antigua vida.



La amargura tenía su origen en todas aquellas cosas contra las que se rebelaba cuando volvía a su ciudad. Cuando, a su regreso, aquel hombre veía que en muchos lugares se le recibía sólo con un encogimiento de hombros y unas cuantas frases gastadas, solía amargarse preguntándose por qué había tenido que pasar todo aquello. Cuando por doquier oía casi las mismas palabras: „no sabíamos nada“ y „nosotros también sufrimos“, se hacía siempre la misma pregunta. ¿Es que no tienen nada mejor que decirme?

La experiencia de la desilusión es algo distinta. En este caso no era ya el amigo... que le parecía cruel, sino su propio sino. El hombre que durante años había alcanzado el límite absoluto del sufrimiento se encontraba ahora con que el sufrimiento no tenía límites y con que todavía podía sufrir más y más intensamente.

Cuando hablábamos de los intentos de infundir en el prisionero ánimo para superar su situación, decíamos que había que mostrarle algo que le hiciera pensar en el porvenir. Había que recordarle que la vida todavía le estaba esperando, que un ser humano aguardaba a que él regresara. Pero, ¿y después de la liberación? Algunos se encontraron con que nadie les esperaba.

Desgraciado de aquel que halló que la persona cuyo solo recuerdo le había dado valor en el campo ¡ya no vivía! ¡Desdichado de aquel que, cuando finalmente llegó el día de sus sueños, encontró todo distinto a como lo había añorado!... Allá en el campo, todos nos habíamos confesado unos a otros que no podía haber en la tierra felicidad que nos compensara por todo lo que habíamos sufrido. No esperábamos encontrar la felicidad, no era esto lo que infundía valor y confería significado a nuestro sufrimiento, a nuestros sacrificios, a nuestra agonía. Ahora bien, tampoco estábamos preparados para la infelicidad. Esta desilusión que aguardaba a un número no desdeñable de prisioneros resultó ser una experiencia muy dura de sobrellevar y también muy difícil de tratar desde el punto de vista del psiquiatra...

La experiencia final para el hombre que vuelve a su hogar es la maravillosa sensación de que, después de todo lo que ha sufrido, ya no hay nada a lo que tenga que temer, excepto a su Dios” (FRANKL, 1998:130-134; LEVI, 2002)<sup>13</sup>.

Hemos dado estos pasos sobre huellas muy marcadas. Hemos dejado muchos detalles de lado. Hemos intentado pisar sobre lo que generalmente todos los testigos coinciden. Cada quien padeció sus avatares, pero en la práctica todos

<sup>13</sup> Todo este libro se centra justamente en los primeros tiempos del autor tras la liberación del campo de concentración.

hablan de los temas globales que nosotros hemos apuntado. De todas maneras, y en ausencia de pequeñeces detalladas, nos podemos hacer una buena idea del dolor que supuso la experiencia del “Mundo reo”.

Respetando las distintas visiones y sentimientos, haciendo caso a la primera aseveración de este apartado y reconociendo la imposibilidad de unificar todos los testimonios en uno solo, hemos pretendido hablar de lo que es común a todos, o casi todos, cuando nos describen sus experiencias.

Otros muchos detalles podríamos anotar. Más páginas harían falta para agotar las nimiedades que cada testimonio relata y que son pedazos de vida. De todas maneras el perfil queda dibujado y a esos otros detalles recurriremos en la segunda parte de este estudio.

Sin duda que la fenomenología es relativamente fácil de presentar, ésta es la justificación del cosido de citas literales que se pueden encontrar en esta primera parte. Sin embargo, en donde no existen tantos acuerdo es en la interpretación de esta experiencia, en cómo explicar lo que los testigos nos dejan de forma narrativa para que mantengamos en nuestra memoria colectiva.

## II. HERMENÉUTICA DEL MUNDO REO

### II.1. NARRACIÓN-TESTIMONIO

Normalmente nos gusta hablar y contar diversos momentos de nuestra vida.

En esas palabras ponemos nuestros acontecimientos y sentimientos. Al mismo tiempo, pedimos que quien está cerca de nosotros ponga atención y escuche la narración. Si en este momento no nos sentimos adecuadamente cobijados nos parece que nuestra vida ha caído en un agujero oscuro, en el olvido de la indiferencia.

Todos los relatos a los que hemos hecho referencia tienen un fundamento común expresamente anotado: temor a que se olvide lo que aconteció y miedo a no ser creídos (SEMPRÚN, 2002:63.140.268). Incluso los mismos SS se burlaban de los prisioneros porque la situación que estaban viviendo era lo suficientemente horrible como para ser creíble. Los testimonio terminarían con la vida de los que sobrevivieran, pero nadie más los podría creer. No queda rastro, no queda testimonio, no queda credibilidad.

“Casi todos los liberados, de viva voz o en sus memorias escritas, recuerdan un sueño recurrente que los acosaba durante las noches de prisión y que, aunque variara en los detalles, era en esencia el mismo: haber vuelto a casa, estar contando con apasionamiento y alivio los sufrimientos pasados a una persona querida, y no ser creídos, ni siquiera escuchados. En la variante más típica (y más cruel), el interlocutor se daba vuelta y se alejaba en silencio... las víctimas y los opresores, se daban cuenta de la enormidad y, por consiguiente, de lo imposible que sería darle credibilidad a lo que estaba sucediendo en los *Lager*” (LEVI, 2001:9-10).

“Muchos investigadores han analizado detalladamente esta maquinaria de desimaginación que permitía a este SS decir: „Tal vez haya sospechas, discusiones, investigaciones de los historiadores, pero no podrá haber ninguna certidumbre porque con vosotros serán destruidas las pruebas. Aunque alguna prueba llegase a sobrevivir, la gente dirá que los hechos que contáis son demasiado monstruosos para ser creídos” (DIDI- HUBERMAN, 2004:38-39; 2005, 180.327).

Por otro lado, tienen también una misma finalidad: necesidad de contar la experiencia

para que no se repita.

“Entonces tuve ya dos motivos para seguir viviendo: uno era trabajar por el movimiento de resistencia y ayudar cuanto tiempo pudiese mantenerme sobre mis pies; el segundo era soñar y rezar porque llegase el día en que fuese libre y pudiese decir al mundo entero: „¡Esto es lo que vi con mis propios ojos! ¡No podemos consentir que vuelva a repetirse!” (LENGYEL, 2001:122.115.242.259; LEVI, 2001:9-10; FINKIELKRAUT, 2005; BATISTE, 2005:10).

Ambos se unifican en la banalidad del mal como elemento común y causa final del miedo de las víctimas. Los alemanes eran gente normal, que se dedicaban antes de la guerra a ocupaciones comunes (KERTÉSZ, 2002:59)<sup>14</sup>. Nadie diría que fueran capaces de hacer lo que hicieron, incluso, por la magnitud del horror, nadie pensaría que era posible. La única solución es hacer memoria y narrarlo. Es la manera de exorcizar los demonios del pasado que persisten y persiguen hasta el presente.

<sup>14</sup> Este temor ancestral a la repetición del dolor injusto no es nada extraño. San Agustín, buen sondeador de la realidad psicológica del hombre, ya había advertido siglos antes de los peligros que se entierran en la volubilidad del interior humano: “Nam sicut sibi quisque nemo alter alteri notus est et tamen nec sibi quisque ita notus est, ut sit de sua crastina conversatione securus”, San AGUSTÍN, *Epístola* 130, 2, 4. Esta desconfianza, no necesariamente pesimista sino realista, es la razón última de la necesidad de la memoria. Cualquiera puede convertirse en alguien insospechado para sí mismo.

“... Pero a decir verdad, sí quiero recordar, claro que sí, quiera o no quiera, no puedo hacer otra cosa si escribo, recuerdo y debo recordar aunque no sepa por qué, por el saber sin duda, pues el recuerdo es saber, vivimos para recordar nuestro saber, porque no podemos olvidar cuanto sabemos, no temáis, niños, no se trata de ninguna „obligación moral”, no, por favor, simplemente no está en nuestras manos, no podemos olvidar, hemos sido creados así, vivimos para saber y para recordar y tal vez, incluso con toda probabilidad y hasta casi con total seguridad, sabemos y recordamos para que alguien se avergüence de nosotros ya que nos ha creado, sí, recordamos para él, exista o no exista, porque al fin y al cabo da igual que exista o no, lo esencial es que alguien – quienquiera que sea- se avergüence de nosotros y (quizá) por nosotros. Porque, por lo que a mí respecta, si me pusiera a la obra, mis recuerdos privilegiados, solemnes, casi diría sagrados y, ya que estamos empleando grandes palabras, pues sí, adelante: mis recuerdos consagrados y hasta santificados en la misa negra de la humanidad emanarían gas, emitirían voces duras y guturales: *der springt noch auf*, el último gemido del último *Sch’ma Israel*, cantado por el superviviente de Varsovia y luego retumbaría el estruendo del fin del mundo...” (KERTÉSZ, 2001:37).

“El médico no se entera... de nada... -Tras una pausa, con la mirada fija en los tablones del lecho situado sobre su cabeza, añadió-: Cuando la guerra termine... acuérdate... de todo esto...” (AMAT-PINIELLA, 2002:185; ANDERS,2001:24).

Es por todo esto que el testimonio adquiere una capital importancia. Por una parte el poder transmitirlo es un reto de coherencia personal. Por otro lado, es la manera de hallar y mantener la identidad con uno mismo y con la historia (KERTÉSZ, 2002:66). Y, por último, es la manera de asegurar que quienes hicieron sufrir sin sentido no tenían razón

ni pueden permanecer indemnes<sup>15</sup>. El testimonio es la narración de una variedad de experiencias unificadas y ofrecidas coherentemente a través de la palabra. Es la vida plasmada en el

15 “Desde que supimos por Nietzsche que dios ha muerto, nos encontramos ante el grave problema de saber quién -aparte de los registros oficiales informatizados, claro está- tiene en cuenta al ser humano o, para expresarlo de manera diáfana, ante la mirada de quién vivimos, a quién debe rendir cuentas el hombre en el sentido ético y -sí, perdonenme- en el sentido trascendental de la palabra. Porque el ser humano es un ser que dialoga y no cesa de hablar, y aquello que dice o, más concretamente, aquello que cuenta, sus quejas y sufrimientos, no son meras descripciones, sino también testimonios, y lo que quiere secretamente - „inconscientemente“- es que estos testimonio se conviertan en categoría y la categoría, en fuerza espiritual legisladora”, KERTÉSZ, 2002:54-55.

texto. Con las limitaciones propias de la materialización textual o imaginaria de algo tan dinámico como es la vida (Díaz, 2004:647-648)<sup>16</sup>. No es todo, pero nos libera de la posibilidad de caer en la nada. De esta manera se entiende la importancia del testimonio para quienes tuvieron esa experiencia. Paul Ricoeur denominará a todo esto, de manera precisa, con la palabra *atestación*. Ésta es el tipo de certeza de la hermenéutica. No se trata de una certeza absoluta y final de tipo ontológico. Se presenta primeramente, como una especie de creencia indirecta y fragmentaria que tiene como finalidad el retorno al sí. Esto se da así por la polivalencia y dispersión de las acciones concretas, que son la fuente de interpretación. Es, por tanto, algo dinámico y vivo.

La creencia a la que hacemos mención no es la *doxa* griega que se opone a la *episteme*. No se refiere al “creo-que”, sino al “creo-en”. La “creencia-en” nos pone en relación con el testimonio, que a su vez se enlaza con la necesidad de dar crédito a lo que se oye o se dice. En este contexto no hay instancia epistemológica más elevada.

Sin embargo, debido a la polisemia de la fragmentación existe un peligro constante respecto al testimonio que es la sospecha. Ésta es su vulnerabilidad. A un testigo verdadero, se puede enfrentar directamente la posibilidad de un testigo falso<sup>17</sup>. ¿Cómo podemos resolver la riqueza de la diversidad, de la fragmentación factual junto con el peligro de instrumentalizar el testimonio? Ricoeur lo soluciona equilibradamente:

“Pero no queda más recurso contra el falso testimonio que otro testimonio más creíble; y no hay más recurso contra la sospecha que una atestación más fiable” (RICOEUR, 1996:XXXVI).

Mas el “creer-en” también incluye el sentido de fianza, de confianza. Ésta se estructura sobre la atestación de sí mismo, sobre el retorno a sí mismo. La persona es la garante de su propio testimonio porque en él se juega su identidad, su ser, su coherencia. En la fianza que se deposita de garantía ante

<sup>16</sup> El ámbito en el que nos movemos es el de la *Geschichte* (acontecimiento personal) y no en el de la *Historie* (hecho concreto), véase GRACIA GUILLÉN, 2004:105.

<sup>17</sup> Tal sería el caso de Enric Marco, presidente de la asociación Amical de Mauthausen, que reúne a

sobrevivientes españoles de este campo de exterminio. Después de años dando conferencias en las escuelas, de representar a todas las víctimas del poder nazi, de publicar su testimonio escrito... resulta que se ha demostrado recientemente que nunca estuvo en dicho campo. Véase CUE, 2005:48; MORGADES, 2005:24. De hecho mantenemos la cita de su testimonio que aparece más arriba, porque realmente comparte el mismo mensaje que Jaime Álvarez, quien sí estuvo presente en el campo de exterminio.

la atestación radica el poder responder a las necesidades de los demás, la respuesta al acusativo “¡Heme aquí!” que el sufriente reclama a quien lo pueda ayudar.

“En determinadas circunstancias, en particular cuando el historiador es confrontado con lo horrible, figura límite de la historia de las víctimas, la relación de deuda se transforma en deber de no olvidar” (RICOEUR, 1996:167).

El testimonio es, por tanto, el primer paso o un paso para dirigirse hacia la acción responsable, a la acción moral a favor del más desfavorecido. Es por este motivo, que en la primera parte de este artículo, sobre todo, hemos escuchado el mayor número de testimonios.

“... la atestación puede definirse como la seguridad de ser uno mismo agente y paciente” (RICOEUR, 1996:XXXVI) .

En esta tradición hermenéutica la trama de la narración es la que puede unificar en un texto unitario lo que de por sí es disperso y diverso. La memoria, fragmentada y selectora desde su propio ser, abastece de elementos a la narración. Narración y testimonio son pues, en nuestro contexto, las herramientas que el sobreviviente del Mundo reo pone en juego y con las que se pone en juego (MARÍAS, 1993:152-154).

## **II.2. ANIHILAMIENTO DE LA PERSONA**

El ambiente concentracionario es el resultado de un sistema perfectamente estructurado para ser efectivo en el proceso de deshumanización de las personas (LEVI, 2001:103; KERTESZ, 2002:34; KERTESZ, 2004:67.130; KERTESZ, 2002:30). Para ello disponían desde el primer momento de una estrategia permanentemente comprobada para conseguir sus fines. Existen debajo de todos los hechos unas constantes racionales profundamente meditadas. No es cierto que el Mundo reo sea absolutamente irracional. El orden, la autoreferencialidad perfecta para optimizar los métodos y la finalidad común de todos ellos ofrecen una suerte de continuidad que unifica esta realidad (KERTESZ, 2001:49-53).

“Era cuestión de suerte. Te mataban por quitarte la gorra demasiado despacio. Te morías de hambre o de frío. Yo perdí 25 kilos en los dos primeros meses. Lo llamábamos la ofensiva. Te destrozaban al principio, te pegaban, no comías, todo para ver quién era fuerte, quién podía trabajar. Sólo ése les interesaba un poco, mientras durara. La única manera de salvarse era caerle en gracia a alguien” (PÉREZ, 2005:10).

La principal herramienta que se usa para lograr este fin es el dolor, en combinación con el miedo y sus variantes, con toda su crueldad y sadismo. El registro doloroso en la realidad del Mundo reo es amplio y destructivo. Desde el dolor ancestral de la colectividad aplastando al individuo.

“Muchos de nosotros nos paramos a su puerta y sentimos que descendía en nuestras almas, fresco en nosotros, el dolor antiguo del pueblo que no tiene tierra, el dolor sin esperanza del éxodo que se renueva cada siglo” (LEVI,2003:20).

hasta sufrir hacia el futuro por todo lo pasado.

“No nos ha sido posible, ni lo hemos querido, ser islas; los justos de entre nosotros, ni más sin menos numerosos que en cualquier otro grupo humano, han experimentado remordimiento, vergüenza, dolor en resumen, por culpas que otros y no ellos habían cometido, y en las cuales se han sentido arrastrados, porque sentían que cuanto había sucedido a su alrededor en su presencia, y en ellos mismos, era irrevocable.

No podría ser lavado jamás; había demostrado que el hombre, el género humano, es decir, nosotros, éramos potencialmente capaces de causar una mole infinita de dolor; y que el dolor es la única fuerza que se crea de la nada, sin gasto y sin trabajo. Es suficiente mirar, no escuchar, no hacer nada” (LEVI, 2001:80; LEVI, 2002:20; CATALÁ, 2005:10).

A ellos hay que sumar el dolor físico, el dolor moral, el dolor emocional (FRANKL, 1998:41-43.106), el dolor psicológico, el dolor espiritual (Wiesel, 1988:69-70) ..., hasta el punto de poderse resumir la existencia del preso como un continuo sufrir. Y los pocos domingos de asueto que servían para descansar del trabajo atroz, servían como reactivos para soportar después un poco más. En definitiva, esta experiencia del dolor se distensa entre el pasado y el futuro para concentrarse en el presente insufrible.

El resultado de esta estrategia fundamentada sobre el dolor y el miedo es la deshumanización y animalización del reo<sup>18</sup>. Dicho con una sola palabra el anihilamiento de la persona.

“El carácter del hombre quedaba absorbido hasta el extremo de verse envuelto en un torbellino mental que ponía en duda y amenazaba toda la escala de valores que hasta entonces había mantenido. Influidor por un entorno que no reconocía el valor de la vida y la dignidad humanas, que había desposeído al hombre de su voluntad y le había convertido en objeto de exterminio (no sin utilizarlo antes al máximo y extraerle hasta el último gramo de sus recursos físicos) el yo personal acababa perdiendo sus principios morales. Si, en un último esfuerzo por mantener la propia estima, el prisionero de un campo de concentración no luchaba contra ello, terminaba por perder el sentimiento de su propia individualidad, de ser pensante, con una libertad interior y un valor personal. Acababa por considerarse sólo una parte de la masa de gente: su existencia se rebajaba al nivel de la vida animal” (FRANKL , 1998:79.46; LENGYEL, 2001:82.89.217-227; SEMPRÚN, 2001:124.157; AMAT-PINIELL 002:8.13.54.77.145.176.287; LEVI,2002:16.197; LEVI, 2001:39.85-87.105-107.118; LEVI, 2003: 28-29.39-40.40.45.122.295).

Pero para que la aniquilación de la persona no quede en algo abstracto o general, propio de historias contadas en el pasado, introducimos la categoría de corporalidad (ROCCHETTA, 1993:14-24). Ésta confiere al reo la materialidad intransferible de sí mismo o de su pertenencia a la masa sin rostro (LÉVINAS, 1987)<sup>19</sup>. Todo ser humano, en condiciones normales, se relaciona con el mundo a través de su corporalidad. Tanto el tiempo como el espacio, como la realidad son maneras que afectan y definen a cada persona individual. Por todo lo dicho se puede deducir que no nos referimos únicamente a lo físico-biológico del cuerpo, sino a la completa realidad humana siempre en relación con su

<sup>18</sup> Esta manera de ver a los reos permaneció en algunos de los encargados de sobajarlos. Es el caso de Franz Stangl, comandante de Treblinka: "Para él eran carga que se conducía a latigazos, y los muertos, carne podrida. Me explicó que años después en Brasil vio un vagón con ganado, observó las miradas de las reses y tuvo la misma sensación que en Treblinka. Y dejó de comer carne", SERENNY, 2005:17.

<sup>19</sup> A él pertenece la expresión "epifanía del rostro" como la expresión en su desnudez del tú abierto al diálogo.

entorno<sup>20</sup>. La disolución sistemática de la corporalidad supone entonces, el adelgazamiento hasta el límite de la desaparición de cualquier característica humana en ellos. La muestra más clara de esta destrucción es justamente la expropiación de las acciones. El reo no es dueño de sus acciones; no es propietario ni de su intencionalidad, ni de su voluntad, ni de su libertad. Todo este conjunto es el que nos permite decir que se pierde progresivamente la individualidad humana para reducirse en integrante de una masa indiferenciada que no aparece con apariencia humana.

Para la obtención de esta disolución el sistema tuvo que ir desarrollando una tecnología cada vez más precisa y más eficaz. La experiencia del transporte y de la masificación del exterminio requirió de técnicas y herramientas más sofisticadas para poder ser suficiente su capacidad<sup>21</sup>. Lo que se manufactura tiene como finalidad primaria el facilitamiento y comodidad de la vida. El colmo de la inversión es cuando esa manufactura degenera en instrumento de destrucción del usuario. La relacionalidad del Mundo reo se desvirtúa no solamente entre las personas, sino también en su necesidad de uso respecto a las cosas, entre ellas la tecnología<sup>22</sup>. Todo comienza a perder su sentido esencial.

### II.3. LENGUAJE

El significante se separa de su significado. Los signos apuntan a la nada y pierden su sentido. El preso es nada (*anihilamiento*) y todo lo que a él se refiere mientras permanece en esta situación es arrastrado vertiginosamente a no tener identidad. La función más fundamental del sistema de signos se subvierte en un encadenamiento de ausencias que conducen a la muerte, la máxima ausencia. En este sentido la liberación del significante no equivale a

<sup>20</sup> "Mi cuerpo está hecho de la misma carne que el mundo y el mundo participa de la carne de mi cuerpo, la refleja. Mi cuerpo no es solamente un percepto entre los perceptos, es el mensurante de todos ellos, *Nullpunkt*, punto cero de todas las dimensiones del mundo", LAÍN ENTRALGO, 1998:190. También en HUSSERL, 1997:172-175. HEIDEGGER, 2002:65-103. GAOS, 1996. RICOEUR, 1996:125.150.167. POSE VARELA, 2001:977-1044.

<sup>21</sup> Véase, por ejemplo, GOLDENSOHN, 2005:365-390. Aquí Rudolf Höss explica cómo se fue haciendo más eficiente el proceso de la cremación de los cuerpos masacrados.

22 “La promesa de una guerra interminable es un desenlace apropiado para un siglo sangriento que comenzó con la Primera Guerra Mundial, una gigantesca matanza que sólo puede detenerse cuando las naciones implicadas perdieron la capacidad de seguir peleando; un siglo que vio la mecanización de la muerte y la industrialización del genocidio durante la Segunda Guerra Mundial, desde los campos de exterminio nazis hasta las bombas atómicas estadounidenses, y que tras una tensa guerra fría vivió un renacimiento de cientos de conflictos étnicos, religiosos y sociales”, YEHYA, 2003:212.

riqueza de significado<sup>23</sup>. El mundo de los signos muere igualmente sin piedad; la imagen, el lenguaje y su manipulación en la propaganda, tienen la muerte como radicalización.

Se puede considerar como nacimiento de la propaganda sistemática y de Estado a la que el movimiento nazi desarrolló en Alemania desde bastante antes de la guerra. Por un lado buscaba empatizar con una idea ya más o menos anidada en el seno de las conciencias germánicas. Por otro, se intenta anular la capacidad crítica del individuo convirtiéndolo en uno más de la masa. Y, por último, se disfraza todo con un toque medido de sentimiento que lleve a la devoción incondicional e histérica de quien propone estas maneras. La verdad se esconde, desaparece y se invita a creer a pie juntillas en el mensaje propuesto (YEHYA, 2003:41)<sup>24</sup>. Éste es el caldo de cultivo del asentimiento de buena parte del pueblo Alemán respecto a las injusticias, en un principio, con el pueblo judío y a las deportaciones y muertes, al final.

“¿Existe aún algún símbolo válido? La mitología moderna empieza con una gigantesca negatividad: Dios creó el mundo, el ser humano creó Auschwitz” (KERTÉSZ, 2002:113).

Completando la disolución de la corporalidad, que ya hemos apuntado, hay que mencionar la imposibilidad de imaginarse las circunstancias en las que vivían los presos. El Mundo reo es *in-imaginable*<sup>25</sup>.

“Nunca he rechazado, pues, lo *inimaginable como experiencia*.”

“Inimaginable” fue una palabra necesaria tanto para los testigos que se esforzaban por contar, como para los que se esforzaban por entenderlos. Cuando Zalmen Lewental comienza su relato de la peor parte, advierte al lector de que nadie puede imaginar tal experiencia: es por ello por lo que, pese a todo, la cuenta, hasta que nuestra alma esté definitivamente habitada

<sup>23</sup> En muchos casos la liberación del significante de un significado fijo es síntoma de riqueza en el contenido lingüístico. Ésta es la variedad y novedad constante de la deconstrucción derridaneana. Pero en este caso, como en el de la identidad, la experiencia concentracionaria quiebra la polaridad de sentidos para encerrarse (inyolucionarse) en el agujero negro de la desaparición en vida.

<sup>24</sup> Contando con esta situación inicial, podemos datar el acta de nacimiento de la desaparición del signo hasta bastante tiempo antes de la guerra, y referido primeramente al pueblo alemán, mediante el bombardeo propagandista nazi.

<sup>25</sup> Estamos de acuerdo con este autor en su teoría de *imagen jirón* como asomo a una dimensión que de por sí no tiene comprensión, pero que ayuda.

de las imágenes –precisas pero parciales, extremas pero incompletas. Que él ha escogido transmitirnos.



„Inimaginable“ es una palabra trágica: se refiere al dolor intrínseco del acontecimiento y a la dificultad concomitante de ser transmitido” (DIDI- HUBERMAN, 2004:98-99).

Por más expresas que sean las fotografías que tenemos de los campos nunca llegarán a bosquejar lo que realmente sucedió allá. Queda fuera de toda posibilidad de representación y de todas las leyes que pudieran regir actualmente la sociedad mediática en la que vivimos. La humanidad que allá vivía era literalmente “in-visible”. Si no es visible no es imaginable.

Es evidente que en este momento no queremos referirnos al *status* que la fotografía tiene en la ontología o en la epistemología. No es de nuestro interés negar la existencia de material fotográfico que garantice lo narrado por los testimonios. A lo que hacemos referencia, contando con los apoyos gráficos, es que, al igual que los testigos sobrevivientes, no podemos hacernos idea en toda la profundidad del fenómeno reo. No lo hemos vivido, no entramos en la categoría de mártir. Es por este motivo que es inimaginable, a pesar de que haya imágenes.

Empero la conservación de las imágenes es necesaria como detonante de un acercamiento a la realidad concentracionaria por parte de quien no ha tenido que vivirla y de quien viviéndola, la quiere rechazar. Es una manera importante de evitar la oscuridad del no decir nada, del no saber nada, del no hacerse idea, del no querer recordar. El Mundo reo es “in-visible” e “in- imaginable” en cuanto su profundidad. Es visible e imaginable como obligación, a partir de los testimonios gráficos y escritos, de recuerdo aproximado.

“De repente, tras la crónica de una competición deportiva y de alguna reunión internacional en Nueva York, tuve que cerrar los ojos, cegado durante un segundo. Los abrí de nuevo, no estaba soñando, las imágenes seguían estando ahí, en la pantalla, inevitables... Las imágenes habían sido filmadas en diferentes campos liberados por el avance aliado, unos meses antes. En Bergen-Belsen, en Mauthausen, en Dachau. También las había de Buchenwald, como reconocí.

O mejor dicho: de las cuales sabía de forma segura que provenían de Buchenwald, sin estar seguro de reconocerlas. O mejor dicho: sin tener certeza de haberlas visto yo mismo. Las había visto, sin embargo. O mejor dicho: las había vivido. La diferencia entre lo visto y lo vivido era lo que resultaba perturbador...

De repente, sin embargo, en el silencio de esta sala de cine..., esas imágenes de mi intimidad se me volvían ajenas, al objetivarse en la pantalla. Se sustraían así a los procesos de memorización y de censura que me eran personales. Dejaban de ser mi bien y mi tormento: riquezas mortíferas de mi vida. Ya tan sólo eran, o por fin eran, la realidad radical, exteriorizada, del Mal: su reflejo glacial y no obstante ardiente.

Las imágenes grises, desenfocadas a veces, filmadas con el tembleque característico de una cámara que se sujeta con la mano, adquirían una dimensión de realidad desmedida, conmovedora, que mis propios recuerdos no alcanzaban... Como si, paradójicamente, a primera vista, la dimensión e la irrealidad, el contenido de ficción inherentes a toda

imagen cinematográfica, incluso la más documental, lastrarán con un peso de realidad incontestable mis recuerdos más íntimos” (SEMPRÚN, 2002:215-217).

La razón de estas limitaciones viene dada por la naturaleza extrema de esta experiencia límite. Es extrema por su objeto, que busca la muerte o la deshumanización en masa de inocentes. Es extrema por su profundidad, imposible de vivir en propia carne. Y por ser extrema es muy poco probable que cualquier otra persona haya podido experimentarla y por tanto, sea capaz de comprenderla totalmente.

Por otro lado, y siguiendo un registro distinto, el Tercer Reich se ha ido encargando de crear toda una nomenclatura que fuera unificando a la población en torno a sus propias ideas. Es el primer ejemplo de lenguaje propagandístico que va moldeando las mentes según sus propios fines. Pocos alemanes pudieron sustraerse al hechizo de la publicidad nacionalsocialista.

La serie de eufemismos (KLEMPERER, 2002:31-32) que se utilizaban para denominar las medidas concretas mezclaba una suerte de ocultamiento de lo que ocurría junto con una fina ironía que puede utilizar quien se cree superior a sus víctimas.

“La ley de nuestro mundo es el error, el malentendido, el no-reconocimiento del otro... A mi juicio, el acontecimiento más grave y quizá no del todo valorado de nuestro siglo XX es que el lenguaje se contagió de las ideologías y se convirtió en algo sumamente peligroso. Wittgenstein, en sus apuntes publicados bajo el título de *Cultura y valor* señala que en tales casos conviene retirar una u otra expresión de la lengua y „mandarla a limpiar“ antes de usarla de nuevo. Paul Celan, en su discurso pronunciado con ocasión de concesión del premio literario de Bremen, también constata el fracaso de la lengua: „tuvo que atravesar las miles de oscuridades del discurso mortífero“. Víctor Klemperer escribió un libro sobre la utilización nacionalsocialista del lenguaje; George Orwell creó a su vez un lenguaje totalitario ficticio, el *new speak*. En todas partes se dice que nuestros conceptos, tal como los empleábamos antaño, ya no poseen validez” (KERTÉSZ, 2002:15-16; LEVI, 2001:29.91-93).

El lenguaje debería ser el medio para que el hombre pudiera comunicarse los sentimientos más profundos y las noticias más superficiales. Es la manera más básica de establecer un relación que humaniza a los interlocutores. La realidad, la persona, la poesía, la filosofía, los sentimientos, la fe, la desesperación encuentran expresión en el lenguaje. Sin embargo, el campo de concentración en lugar de ser un lugar de acuerdo se convierte en una auténtica Babel. Las primeras órdenes son ininteligibles, los primeros golpes son incomprensibles y en todo momento el preso se sabe al borde de la muerte por malinterpretar lo que un *kapo* le está rugiendo. La capacidad comunicativa del hombre se reduce de esta manera a su expresión más primitiva (AMAT-PINIELLA, 2002:9). El grito,

“A su debido tiempo entramos en la estación. El silencio inicial fue interrumpido por voces de mando: a partir de entonces íbamos a escuchar aquellas voces ásperas y chillonas una y otra vez, en todos los campos. Sonaban igual que el último grito de una víctima, y sin embargo había cierta diferencia: eran roncas, cortantes, como si vinieran de la garganta de un hombre que tuviera que estar gritando así sin parar, un hombre al que asesinaran una y otra vez... Conducían al rebaño sin parar, atrás, adelante, con gritos,

patadas y golpes, y nosotros, los borregos, teníamos dos pensamientos: cómo evitar a los malvados sabuesos y cómo obtener un poco de comida” (FRANKL, 1998:26-27.46.80).

el golpe,

“Todos los kapos pegaban: evidentemente era parte de sus atribuciones, era su lenguaje, más o menos aceptado; y, además, era el único lenguaje que en aquella Babel perpetua podía ser realmente entendido por todos... Si alguien dudaba... llovían golpes, y estaba claro que se trataba de una variante del mismo lenguaje: el uso de la palabra para comunicar el pensamiento, ese mecanismo necesario y suficiente para que el hombre sea hombre, había caído en desuso. Era una señal: para aquéllos, no éramos ya hombres; con nosotros, como con las mulas o las vacas, no existía una diferencia sustancial entre el grito y el puñetazo... cuenta Marsalek, en su libro *Mauthausen* (Milán: La Pietra, 1977) que en ese Lager, todavía más políglota que Auschwitz, al látigo de goma se le llamaba *der Dolmetscherm*, el intérprete: el que se hacía entender por todos” (LEVI, 2001:68.86.126).

son los nuevos intérpretes del universo concentracionario. Si no se entiende el lenguaje se entienden sus brutales consecuencias.

El resto de los signos que acompañan a la ausencia de lenguaje son más propios de animales que de personas. Cuando una persona se introduce en un campo deja de ser humano para convertirse en un número (FRANKL, 1998:19.83; ÁLVAREZ-MARCO, 2005:56). Quien, por suerte o desgracia, sobrevive a esta realidad tendrá siempre en su número grabado el detonante del recuerdo amargo de esos días.

La circuncisión en el caso de los judíos es un indicador que remite a la muerte del que ya de por sí no es nada (ZHIVOTOVSKI, 2005:8). Las exhibiciones de los ahorcados (WIESEL, 1988:69-70), la constante presencia de los cercos electrificados (VINCENKO, 2005:6) y la visión de la mole humeante por la que salían la mayoría de los prisioneros convertidos en aire gris son signos que nos hablan de los que ya dejaron de ser, incluso antes de morir.

Si la condición del reo es inhumana, si su situación vital es más cercana a la muerte que a la vida, si por ese motivo los signos adolecen de contenido, pelagra no ya solamente la figura humana, sino también la capacidad interpretativa que algún filósofo defiende que es la esencia del lenguaje, de la mentira y de la verdad (NIETZSCHE, en NIETZSCHE-VAIHINGER, 1996:15-38; HABERMAS, 1993). Ni Dios, ni hombre, ni realidad, ni interpretación. ¿Puede existir mayor nihilismo?

La corporalidad, el lenguaje, los signos se unifican en una sombra de quien fue persona y que ahora está separado de su identidad más esencial. Es por eso que las “biografías” de los testigos son siempre parciales. Tanto lo físico como los signos muertos impiden que la “bio-grafía” permanezca unificada haciendo referencia a la existencia concreta, a la identidad.

La vida humana tiene un carácter argumental y biográfico. Dicho con otras palabras, la vida, constituida por actos y vivencias, puede narrarse y contarse. Las experiencias narradas componen la sustancialidad de la persona, son las que le hacen ser quien es.

De estas experiencias radicales podemos encontrar dos tipos: constitutivas y eventuales. Las que nos interesan son las del primer tipo. Podemos llamarlas de esta manera porque de ellas dependen la configuración de la vida.

Su característica es que influyen estructural y permanentemente en la forma de vivirse la persona. La pertenencia a una familia, la relación del hijo con el padre y con la madre, el descubrimiento de la sexualidad propia son algunas de las experiencias radicales constitutivas.

“Esas experiencias que llamo radicales porque afectan a la raíz misma de la vida, y por tanto también de cada vida, son de dos tipos diferentes. Algunas de ellas condicionan la configuración de la vida, por supuesto dentro de su estructura empírica, y de las grandes modalidades en que acontece; pueden no ser estrictamente universales, pero sí válidas en círculos sociales e históricos de gran amplitud. Dentro de estos límites se puede decir que son „constitutivas“ de la vida” (MARÍAS, 1993:158).

Otra, que afecta de igual manera, es el descubrimiento vivencial del mal. Asomarse a la enfermedad, al dolor, a la injusticia, a la muerte acrisola la manera que tiene la persona de estar en la realidad. Todas estas realidades se concentran en el Mundo reo. No es una experiencia universal, pero sí tiene gran amplitud social. Quienes tuvieron estas experiencias no pueden soltar amarras de la historia.

Pero hay que considerar una particularidad. No es la misma experiencia del mal la que se tiene en la vida cotidiana que la que se sufre en el Mundo reo. La huella que deja, si se sobrevive, es indeleble. En su vida, siempre permanece esa muerte. Esta estructura tan violenta, tan traumática se mantiene por la separación de lo biológico-orgánico y de su narración. La deshumanización eclipsa lo “bio” y el silencio la palabra, lo “lógico”, lo “gráfico”. Una de las finalidades del Mundo reo es quebrar la continuidad del espacio bio-gráfico personal, de tal forma que la conciencia es incapaz de reconocer en el transcurso de los años la unidad de un yo.

El “creer en” se basa en la narración de lo acontecido tal y como se ha vivido. La palabra no siempre es total o parcialmente veraz. Lo que certifica la autenticidad del testimonio es la dimensión corporal, material, concreta. La huella biológica, física, palpable y real es el sello de garantía que unido a las palabras que relatan una trama conforman la firmeza del testimonio. El desquicio de estos dos elementos es lo que sucede en Mundo reo. El intento de volver a ordenar equilibradamente estas dos dimensiones es lo que se busca con las dos partes de este trabajo.

La única manera de reunificar el espacio bio-gráfico es justamente mediante los testimonios. No se puede unir totalmente lo vivido, lo desaparecido, lo adolorido. Pero, al menos, se encuentra un descanso y una cierta compactación de los recuerdos y de las intenciones. Se puede decir algo ante lo indecible y romper la gruesa capa del silencio avergonzado. Sirve como aviso para las siguientes generaciones y eso, ofrece un motivo de utilidad y satisfacción en medio de tanto sufrimiento. La peor consecuencia de esta fragmentación es mantener y promover el silencio. Los testimonios escritos o gráficos son como campanadas que rompen el silencio y el olvido en beneficio de una mayor concientización.

Con todo este contexto queda claro que el *status* de la víctima se mantiene invertido. El significado literal de la palabra hace mención a la limpieza interna de alguien mediante el sacrificio de otro ser u objeto (COROMINAS, 2000:605). Es evidente que en el Mundo reo no hay nadie que quede limpio en su interior. Por otro lado, el acto del sacrificio no tiene ninguna otra finalidad que la de la consecución de la muerte en sí misma. La víctima lo es por nada y para nada. Ésta es la mayor profundidad del sinsentido y de la deshumanización. Por supuesto, que no aparece por ningún lado la sacralización del hombre o de cualquier objeto. Se trata, por oposición, en Mundo reo de desacralizar y objetivar al hombre.

#### II.4. HIPO-REALIDAD

Al desaparecer la humanidad como referente simbólico y real, otras categorías relacionadas se sienten debilitadas. Tal es el caso de las coordenadas especialmente importantes en la realidad como son el tiempo y el espacio.

Respecto a la temporalidad desaparece tanto el futuro como el pasado. Todo se reduce a un pesado presente que es cíclico, constringente y que está determinado por ser el tiempo de la muerte. Los reos están determinados por la experiencia presente de la temporalidad, porque les pesa el paso pausado del presente.

“¿Quiénes eran, de dónde venían, adónde iban? No lo sabíamos: pero en aquellos días los sentíamos especialmente cercanos a nosotros, como nosotros arrastrados por el viento, como nosotros dependientes de la mutabilidad de una voluntad lejana y desconocida, que tenía por símbolo las ruedas que nos transportaban, a nosotros y a ellos, en la estúpida perfección de un círculo sin principio ni final” (LEVI, 2002:193.303; APPELFELD, 2005:15).

“Las vidas se iban apagando al ritmo de un reloj insensible, y cada muerte era un nuevo galón en el infinito avance del tiempo. Las hojas del calendario parecían ser múltiples todos los días, y cada hoja era un hombre que renunciaba a la lucha y se encomendaba a la protección de la oscuridad que todo lo borraba” (AMAT-PINIELLA, 2002:211).

Irónicamente<sup>26</sup>, esta temporalidad cíclica y basada en el presente enmienda la plana a parte fundamental del pensamiento Heideggeriano. La temporalidad por excelencia en este autor es el futuro. El pasado no tiene consistencia y el presente es efímero por definición. El futuro provee al *Dasein* de una prospectiva a realizar. Esta prospectiva, como condición existencial del mismo ser, concluye en la muerte. El *Dasein* es un ser-para-la-muerte (RICOEUR, 2003;464-484)<sup>27</sup>. Futuro y muerte se unen como determinaciones del ser que está en el mundo, que está ahí (HEIDEGGER, 2002:328-361).

Lo que acontece en Mundo reo es que el tiempo se ralentiza, hasta casi la inmovilidad. Cada día que amanece es único, irrepetible y, posiblemente, último. Toda la vivencia, si de ello algo queda, se agolpa en esos momentos.

La ralentización del presente conduce a la inexorable y paradójica repetición del único, irrepetible y, posiblemente, único día de vida. La conclusión de este tipo de temporalidad es la reducción de la distensión temporal a un único mantener la respiración

a cada momento.

Lo mismo podemos decir de la espacialidad. En lo personal la noción de extensión se desdibuja para componer una masa inmensa de cuerpos famélicos no distinguibles. Los límites personales, las definiciones desaparecen. En lo físico, la extensión del *Lager* es la única porción de “realidad” que se puede considerar. La larga reja que lo dividía de lo demás, conformaba los límites de un nuevo mundo encerrado, como si a imagen fuera de una “u-topía” estremecedora.

“Le parecía que su vida no tenía ya futuro y contemplaba todo como algo que ya había pasado, como si ya estuviera muerto. Este sentimiento de falta de vida, de un „cadáver viviente” se intensificaba por otras causas. Mientras que, en cuanto al tiempo, lo que se experimentaba de forma más aguda era la duración ilimitada del período de reclusión, en cuanto al espacio eran los estrechos límites de la prisión. Todo lo que estuviera al otro lado de la alambrada se antojaba remoto, fuera del alcance y, de alguna forma, irreal” (FRANKL, 1998:106-107.128).

Incluso las noticias que se iban filtrando en el campo sobre los avances de la guerra eran considerados como ficticios y peligrosos por generadores de

<sup>26</sup> Utilizo esta palabra por la tan comentada relación de Heidegger con el nacionalsocialismo, véase ARENDT-HEIDEGGER, 2000:179-180.325-326; SAFRANSKI, 2003:269-292.

<sup>27</sup> En este apartado Ricoeur hace una exposición de la historia del tiempo y de la postura de Heidegger. Posteriormente dialoga con él y apunta alguna discrepancia. Véase HEIDEGGER, 2003.

esperanza e ilusión. El mundo que estaba más allá de las rejas padecía también de falta de realidad.

“El vehículo atravesó la población de Auschwitz. Lo que vi por los cristales enrejados me dio la impresión de que estábamos en un mundo irreal. Los hombres andaban libremente por las calles, formaban colas, salían de la iglesia, entraban en los establecimientos comerciales. Las amas de casa hacían sus compras, provistas de canastas. Los niños jugaban. No había *kapos*, ni porras, ni triángulos en la ropa de la gente. Aquello no era posible. Yo debía estar soñando” (LENGYEL, 2001:240-241).

A la que en ocasiones se denomina como “realidad concentracionaria” pudiéramos definirla como “*hipo-realidad*” (AMAT-PINIELLA, 2002:125)<sup>28</sup>. Si hemos hablado de poca humanidad o inhumanidad, podremos decir en consecuencia, que la realidad no podía llegar a ser tal. Vivían en una particular relación con el entorno dominados por la no existencia de sí mismos y en la constricción de un espacio cada vez más cerca del no-lugar, de la muerte. Las coordenadas básicas de nuestra existencia se reblandecían hasta prácticamente desaparecer por el exceso de concentración vital en los momentos sucesivos del día.

Un momento impactante para darse cuenta de lo que se había vivido era cuando se comparaba la normalidad fuera del Mundo reo tras la liberación. En ese contraste también se veía lo vivido como algo imposible de ocurrir.

“Es un sueño que está dentro de otro sueño, distinto en los detalles, idéntico en la

sustancia. Estoy a la mesa con mi familia, o con mis amigos, o trabajando, o en una campiña verde: en un ambiente plácido y distendido, aparentemente lejos de toda tensión y todo dolor; y sin embargo experimento una angustia sutil y profunda, la sensación definida de una amenaza que se aproxima.

Y, efectivamente, al ir avanzando el sueño, poco a poco o brutalmente, cada vez de modo diferente, todo cae y se deshace a mi alrededor, el decorado, las paredes, la gente; y la angustia se hace más intensa y más precisa. Todo se ha vuelto un caos: estoy solo en el centro de una nada gris y turbia, y precisamente sé lo que ello quiere decir, y también sé que lo he sabido siempre: estoy otra vez en el Lager, y nada de lo que había fuera del Lager

28 De simulación habla directamente SEMPRÚN, 2001:80-81., 2001:29-30.160; LEVI, 2003:27. El arte fue para algunos otro elemento que favoreció el encubrimiento, la simulación parcial de esa realidad, véase ZHIVOTOVSKI, 2005:8.

era verdad. El resto era una vacación breve, un engaño de los sentidos, un sueño: la familia, la naturaleza, las flores, la casa. Ahora este sueño interior al otro, el sueño de la paz, se ha terminado, y en el sueño exterior, que prosigue gélido, oigo sonar una voz, muy conocida; una sola palabra, que no es imperiosa sino breve y dicha en voz baja. Es la orden del amanecer en Auschwitz, una palabra extranjera, temida y esperada: a levantarse, *Wstawać*” (LEVI, 2002:347-348).

## II.5. REALIDAD DE LOS GUARDIANES

Y para concluir el marco existencial de este universo hay que decir algo de la situación de los guardianes, de los “can-cerberos” del *Lager*. Mundo reo no está compuesto solamente por quienes corrían peligro de morir. Quienes vigilaban este mundo particular padecían en sus propias carnes la degradación humana que ellos mismos originaban y con la que no querían entrar en contacto.

“Aquí, donde como en otros fenómenos nos encontramos ante una paradójica analogía entre la víctima y el opresor, necesitamos aclarar las cosas: los dos están en la misma trampa, pero es el opresor, y sólo él, quien la ha preparado y quien la ha hecho dispararse, y si sufre, es justo que sufra; pero es inicuo que sufra su víctima, que es quien sufre, aun a decenios de distancia...

El opresor sigue siéndolo, y lo mismo ocurre con la víctima: no son intercambiables, el primero debe ser castigado y execrado (pero, si es posible, debe ser también comprendido); la segunda debe ser compadecida y ayudada; pero ambos, ante la impudicia del hecho que ha sido cometido irrevocablemente, necesitan un refugio y una defensa, y van, instintivamente, en su busca. No todos, pero sí la mayoría; casi siempre durante toda la vida” (LEVI, 2001:22-23-39).

Procuraban que los reos realizaran las labores que los podían deshumanizar, pero no era suficiente.

“Entonces Kramer nos asignó una tarea „médica“. Teníamos que quitar a las pacientes sus blusas, la única ropa que quedaba a aquellas pobres mujeres a las que se había arrojado de su lecho y ahora gemían bajo el restallido del látigo. ¿Qué motivo podía haber para una orden así? Las blusas estaban hechas andrajos. Pero nadie podía ponerse a hacer preguntas ni a tratar de justificar los motivos. Intenté hurtarme a aquella tarea, pero un guardia de las S.S. me abofeteó con tal violencia que todo me dio vueltas y estuve a punto de caer al suelo.

Nunca se me olvidarán las miradas de odio y reproche que nos lanzaban nuestras pacientes mientras gritaban:

¡Ustedes también se han convertido en nuestros verdugos!

Y tenía razón. Porque, por culpa de Kramer, nosotras, cuya misión era mitigar sus sufrimientos, les arrebatábamos sus últimas posesiones, o sea, sus maltrechas y harapientas blusas. Mi amiga, la doctora K., del hospital, estaba temblando como una azogada. Se aprovechó de un momento de distracción y salió precipitadamente de la enfermería. La seguí y tuve tiempo de arrebatarle la jeringa que había tomado en sus manos. La estaba llenando de veneno para quitarse la vida” (LENGYEL, 2001:190.146.250).

Por sus expresiones eran conocidos. Quienes no son capaces de hablar o comunicarse sino de gritar, golpear, amenazar o matar tampoco están en posesión de humanidad. Ellos mismos eran las víctimas de un sistema que les había arrancado, por obligación o por oportunidad, su capacidad más íntima de compasión. De tal manera es esto así, que tan lejos de una dignidad humana estaban los presos como sus carceleros. Sin disfrazar un ápice de su responsabilidad, sí hay que catalogarlos en la misma condición disuelta de los presos.

Pero ante esta realidad cabe preguntarse cómo fue posible esta manera de tratar a seres humanos. Cómo es que personas normales pudieran aguantar la crueldad como algo cotidiano. Víctor Frankl, como psiquiatra que experimentó la vida del reo, ofrece algunas notas para describir la psicología de los guardias alemanes.

En primer lugar, había algunos de ellos que eran sádicos en el sentido clínico más estricto.

“Los „otros“ era el cuerpo en general del prójimo, la zona donde se podía, con todo el derecho que le asistía como noble, practicar cualquier clase de abuso en dicha zona. Sólo que el abuso en Sade es la negación total del „otro“ como criatura moral, física, ontológica, amorosa, afectiva y social; en el „otro“ aplica sus excesos y consume sus estados de irracionalidad” (LEÓN, 2003:181-182).

En un segundo momento, cuando había posibilidad de elegir personal, se hacía sobre los que tenían más tendencia sádica. La elección negativa que se hacía provocaba entre los reos mayor sufrimiento. Los *kapos*, elegidos entre los prisioneros, eran probablemente los más crueles. En tercer lugar, constata el embotamiento de los sentimientos que la mayoría de los guardias experimentaban por los años en que habían sido testigos de los brutales métodos del campo. Pero también es necesario decir, en cuarto lugar, que había algunos guardas que fueron capaces de conservar con los reos trato y detalles



humanos (FRANKL, 1998:122-124).

Pero también es cierto que muchos de ellos eran personas normales (GOLDENSOHN, 2005:33; LEVI, 2001:189), sin ninguna característica destacable o extraordinaria. Pero ubicados en ese ambiente pueden transformarse en lo que más arriba Frankl caracterizaba.

La sangre que eran capaces de derramar sin pestañear era el reclamo de la vitalidad humana que ellos mismos iban perdiendo (LEVI, 2003:21.122.242.339-343).

“Me parece ver las cosas como a través de una bruma: lo que más claramente se destaca en mis recuerdos son aquellas horribles tropas de S.S. atacadas de una locura destructiva, que golpeaban salvajemente a las enfermas y molían a patadas a las embarazadas.

El mismo Kramer había perdido su clama. Un fulgor extraño palpitaba en sus ojillos, y de conducía como un orate. Le vi abalanzarse sobre una desgraciada mujer y aplastarle el cráneo de un solo garrotazo.

Sangre, sangre nada más. ¡Por todas partes sangre! En el suelo, en las paredes, en los uniformes de los guardianes de las S.S., en sus botas...” (LENGYEL, 2001:190).

Como contraste de este frenesí y como confirmación de la destrucción de la persona que guarda a los reos, aparece la depresión, la indefensión, el automatismo con el que ellos vagaban por los campos tras su derrota. Abrir la mirada a la vida normal, después de haber contemplado y producido tanto horror, no es fácil.

“Pues, y éste es el terrible privilegio de nuestra generación y de mi pueblo, nadie ha podido comprender mejor la naturaleza incurable de la ofensa, que se extiende como una epidemia. Es una necesidad pensar que la justicia humana puede borrarla. Es una fuente de mal inagotable: destroza el alma y el cuerpo de los afectados, los apaga y los hace abyectos; reverdece en infamia sobre los opresores, se perpetúa en odio en los supervivientes, y pulula de mil maneras, contra la voluntad misma de todos, como sed de venganza, como quebrantamiento de la moral, como negación, como cansancio, como renuncia...”

Estaban cubiertos de harapos descoloridos en los que todavía se reconocían los orgullosos uniformes de la *Wehrmacht*. Tenían caras demacradas, pasmadas, salvajes: acostumbrados a vivir, a actuar, a combatir dentro de los esquemas férreos de la autoridad, su sostén y su alimento, al dejar de existir la autoridad misma se habían sentido impotentes, exánimes. Aquellos buenos súbditos, buenos ejecutores de todas las órdenes, buenos instrumentos del poder, no poseían por sí mismos ni una parcela de poder. Estaban vacíos e inertes, como las hojas muertas que el viento acumula en las esquinas resguardadas: no habían buscado su salvación en la huida” (LEVI, 2002:16.194).

Los guardias desempeñan dentro de la relación sádica la función de los verdugos. Ejecutan unas órdenes de manera automática, sin criterio ni deseo ni placer. Simplemente se convierten en sacrificados cumplidores del deber. Son los brazos destrozadores, inhumanos e irracionales de quienes obedecen las instrucciones dictadas muy lejos de ellos. La obligación de cumplir con ese deber está por encima de la vida de

los demás e, incluso, de la suya propia<sup>29</sup>.

“... sostuvo [Schäfer] que lo único que hizo fue adherirse a las leyes en vigor, que los judíos habían sido tratados correctamente y que él no tuvo responsabilidad personal, porque cumplía órdenes de sus superiores y de los oficiales de las SS. En sus propias palabras:

Las Leyes de Nuremberg eran bien conocidas en aquella época para todos los jueces y fiscales. Hoy se les considera criminales. Los judíos fueron expulsados de la comunidad alemana a causa de aquellas leyes. Sin duda, fue una actuación errónea, como ahora sé, pero en aquel tiempo era la ley del país. En una conversación oficial con el *Gauleiter* Gorché después de un bombardeo, supe que los judíos iban a ser expulsados de sus viviendas para dejar sitio a quienes habían perdido las suyas a causa de las bombas. Los judíos iban a ser alojados en la fortaleza de *Müngersdorf*. En un momento posterior recibimos de Heydrich la orden de evacuar a los judíos” (JOHNSON, 2002:22-23).

En el fondo la orden proviene de una máquina abstracta de poder. Nadie la conoce totalmente, nadie la controla totalmente, nadie es responsable totalmente y la realidad es que todos apuntan y respetan a un “Gran Otro”

<sup>29</sup> Éste es el enfoque general de todos los juzgados en Núremberg. Nadie de ellos termina por ser responsable y quien pudiera presumirse que lo fuera resulta que o no conocía del exterminio, o le habían llegado noticias que resultaban increíbles, o ya había muerto. Esta argumentación, que puede parecer convenida y absurda, puede encontrarse por todas las páginas de GOLDENSOHN, 2005.

indeterminado que da sentido a un sistema completo de exterminio (ZIZEK,1998:305)<sup>30</sup>. Ésta es la fuerza, en definitiva, de un sistema absoluto y totalitario. Tanto la víctima como el asesino pierden su identidad por mor de lo desconocido, de lo trascendental, de lo abstracto.

“Habrá muchos, individuos o pueblos, que piensen, más o menos conscientemente, que „todo extranjero es un enemigo”. En la mayoría de los casos esta convicción yace en el fondo de las almas como una infección latente; se manifiesta sólo en actos intermitentes e incoordinados, y no está en el origen de un sistema de pensamiento. Pero cuando éste llega, cuando el dogma inexpresado se convierte en la premisa mayor de un silogismo, entonces, al final de la cadena está el *Lager*. Él es producto de un concepto del mundo llevado a sus últimas consecuencias con una coherencia rigurosa: mientras el concepto subsiste las consecuencias nos amenazan” (Levi, 2003:9.306.321)<sup>31</sup>.

Se descubre, entonces, una auténtica red de muerte concentracionaria. Es el fruto de un enunciado que remite a otro enunciado que a su vez viene de un enunciado último y oculto.

Los guardias producen la muerte por órdenes de sus jefes superiores, que a su vez reciben el mando de una altura desconocida e irreconocida por nadie. Los responsables del genocidio y de las humillaciones fuimos todos, pero no fue nadie.

En definitiva, lo que ocurrió, por esta misma dinámica puede volver a ocurrir. Evitar esa posibilidad es el contenido de la responsabilidad presente de nuestro tiempo. Porque en nosotros podemos encontrar también las semillas que han fructificado durante el siglo

XX. Por eso hay que seguir escuchando las palabras de los testigos.

“... el mundo se destruye desde muy adentro, desde mucho más adentro de lo que es capaz de concebir la historia, sea con la razón, sea con la ciencia...”

¿Habéis observado que en este siglo XX cada cosa se ha vuelto más verdadera, más auténticamente ella misma? El soldado se ha convertido en asesino profesional; la política, en crimen; el capital, en gran industria exterminadora de hombres equipada con crematorios; la ley, en regla para el juego sucio; la libertad universal, en cárcel para los pueblos; el antisemitismo, en Auschwitz; el sentimiento nacional, en genocidio. Nuestra

<sup>30</sup> Lo mismo puede decirse respecto al sistema ruso de Gulag, véase PÉREZ-RAMOS, 2005:4-5.

<sup>31</sup> Es exactamente lo mismo que otro autor identifica bajo el epígrafe general de “La maldición del superlativo”, véase KLEMPERER, 2002:311-323.

era es la era de la verdad, no cabe la menor duda. Aun así, seguimos mintiendo por mera costumbre, aunque todo el mundo nos vea el plumero; cuando se grita „¡amor!”, todos saben que ha llegado el momento del asesinato; cuando se grita „¡ley!”, todos saben que es la hora del robo, del atraco...

Hemos visto que tanto el asesino como la víctima eran conscientes del vacío de estas órdenes ideológicas, de su carencia de significado: y justamente esta conciencia hacía que las atrocidades cometidas en nombre de tales ideologías resultaran singularmente infames, generaba esa perversidad profundamente arraigada en las sociedades sometidas al dominio de las ideologías” (KERTÉSZ, 2002:80-81).

En estos extremos todo queda realmente claro. La verdad descubre su velo disfraz y se muestra obscenamente evidente (SEMPRÚN, 2002:25.103-105). De esta manera, la muerte descubre el sentido de la realidad.

## FUENTES DE CONSULTA.

- ÁLVAREZ, J.-MARCO, E. (2005), “Para morir siempre había tiempo”, en *El País* (27 enero).
- AMAT-PINELLA, J. (2002), *K. L. Reich. Miles de españoles en los campos nazis*, Barcelona: El Aleph.
- ANDERS, G. (2001), *Nosotros, los hijos de Eichmann. Carta abierta a Klaus Eichmann*, Barcelona: Paidós.
- APPELFELD, A. (2005), “La oscuridad siempre visible”, en *El País* (28 enero).
- ARENDT, H.–HEIDEGGER, M. (2000), *Correspondencia 1925-1975 y otros documentos de los legados*, Barcelona: Herder.
- BATISTE, F. (2005), “No me explico cómo pudimos salir vivos”, en *El País* (6 mayo).

- CATALÀ, N. (2005), "Regreso al infierno de Ravensbrück", en *El País* (17 abril).
- COROMINAS, J. (2000), *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid: Gredos.
- CUÉ, C. E. (2005), "El deportado que nunca estuvo allí", en *El País* (11 mayo).
- DE HIPONA, A. *Epístola* 130.
- DÍAZ, C. (2004), "Por la barbarie", en *Revista Agustiniana XLV*.
- DIDI-HUBERMAN, G. (2004), *Imágenes pese a todo. Memoria visual del holocausto*, Barcelona: Paidós.
- FINKIELKRAUT, A. (2005), *En el nombre del Otro. Reflexiones sobre el antisemitismo que viene*, Barcelona: Seix Barral.
- FRANKL, V. E. (1998), *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona.
- GAOS, J. (1996), *Introducción a El ser y el Tiempo de Martin Heidegger*, México: Fondo de Cultura Económica.
- GOLDENSOHN, L. (2005), *Las entrevistas de Núremberg*, México: Taurus.
- GRACIA GUILLÉN, D. (2004), "Medice, cura te ipsum. Sobre la salud física y mental de los profesionales sanitarios", en *Labor Hospitalaria XXXV*.
- HABERMAS, J. (1993), *Sobre Nietzsche y otros ensayos*, México: REI.
- HEIDEGGER, M. (2003), *El concepto de tiempo*, Trotta, Madrid.
- HEIDEGGER, M. (2002), *El ser y el tiempo*, México: Fondo de Cultura Económica.
- HUSSERL, E. (1997), *Meditaciones cartesianas*, Madrid: Tecnos.
- JABÈS, E. (1993), "El infierno de Dante", *Nombres*, III (septiembre).
- JOHNSON, E. A. (2002), *El terror nazi. La Gestapo, los judíos y el pueblo alemán*, Barcelona: Paidós.
- KERTÉSZ, I. (2001), *Kaddish por el hijo no nacido*, Barcelona: Acantilado.
- KERTÉSZ, I. (2004), *Liquidación*, México: Alfaguara.
- KERTÉSZ, I. (2002a), *Un instante de silencio en el paredón. El holocausto como cultura*, Barcelona: Herder.
- KERTÉSZ, I. (2002b), *Yo otro. Crónica del cambio*, Barcelona: El Acantilado.
- KLEMPERER, V. (2002), *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*,

Barcelona: Minúscula.

- LAÍN ENTRALGO, P. (1998), *Alma, cuerpo, persona*, Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores.
- LENGYEL, O. (2001), *Los hornos de Hitler*, México: Diana.
- LEÓN, F. (2003), *La filosofía del vicio. La biografía definitiva del marqués de Sade*, México: Nueva Imagen.
- LEVI, P. (2002), *La tregua*, Barcelona: El Aleph.
- LEVI, P. (2001), *Los hundidos y los salvados*, Barcelona: Muchnik.
- LEVI, P. (2003), *Si esto es un hombre*, Barcelona: Muchnik.
- LEVINAS, E. (1987), *Totalidad e infinito*, Salamanca: Sígueme.
- MARÍAS, J. (1993), *Razón de la filosofía*, Madrid: Alianza.
- MORGADES, L. (2005), "La caza del impostor", en *El País* (15 mayo).
- MÜLLER, F. (2004), *Trois ans dans une chambre à gaz d'Auschwitz*, cit. por Georges DIDI-HUBERMAN, *Imágenes pese a todo. Memoria visual del holocausto*, Barcelona: Paidós.
- NIETZSCHE, F. (1996a), "Sobre verdad y mentira en sentido extramoral", en F. NIETZSCHE-Hans VAHINGER, *Sobre verdad y mentira*, Madrid: Tecnos.
- PANEDAS, J. I. (2002), "Silencio... se vive", en *Mayéutica XXVIII*.
- PÉREZ, E. (2005), "No me explico cómo pudimos salir vivos", en *El País* (6 mayo).
- PÉREZ-RAMOS, A. (2005), "Realidad y semántica", en *Babelia* (4 junio).
- POSE VARELA, C. A. (2001), "El problema de la unidad psico- orgánica de la realidad humana en X. Zubiri", en *Revista Agustiniiana XLII*.
- REES, L. (2005), "Auschwitz no fue la obra de un loco", en *El País* (17 marzo).
- RICOEUR, P. (2003), *La memoria, la historia, el olvido*, Madrid: Trotta.
- RICOEUR, P. (1996), *Sí mismo como otro*, México: Siglo XXI.
- ROCCHETTA, C. (1993), *Hacia una teología de la corporeidad*, Madrid: Paulinas.
- SAFRANSKI, R. (2003), *Un maestro de Alemania. Martín Heidegger y su tiempo*, Barcelona: Tusquets.
- SEMPRÚN, J. (2002), *La escritura o la vida*, Barcelona: Tusquets.
- SEMPRÚN, J. (2001), *Viviré con su nombre, morirá con el mío*, Barcelona:

Tusquets.

- SERENNY, G. (2005), "Tras la pesadilla nazi", en *EPS* 1522 (noviembre).
- VINCENKO, Y. (2005) "La noche que liberé Auschwitz", en *El Pais* (enero).
- WIESEL, E. (1988) *La noche, el alba, el día*, Buenos Aires: Proyectos Editoriales.
- YEHYA, N. (2003) *Guerra y propaganda. Medios masivos y el mito bélico en Estados Unidos*, México: Paidós.
- ZHIVOTOVSKI, Y. (2005) "Sabíamos que nadie salía vivo de allí, y esperábamos", en *El Pais* (enero).
- ZIZEK, S. (1998) "Tanto ruido por una cosa", en *Porque no saben lo que hacen*, Buenos Aires: Paidós.